

Sobre las olas de Malta

J. Alfredo Díaz G.

Sobre las olas de Malta.

©Jesús Alfredo Díaz García, 2021

Independently published, 2021

ISBN: 9798492470203.

Imagen de portada: Marsaxlokk, Malta by Tatyana Vychegzhanina, istockphoto.

Diseño de portada y realización artística: J. Alfredo Díaz G.

All rights reserved.

Fuentes tipográficas utilizadas:

Cuerpo del texto:

EB Garamond family by Georg Duffner.

Cormorant family by Catharsis Fonts.

Mutlu ornamental, designed by Gazoz.

Cubierta:

Crimson Text by Sebastian Kosch.

Tangerine by Toshi Omagari.

Colección El Guardafaro.

diazgarciajesus@gmx.com

www.alfredodiazgarcia.com

Pinky y Cerebro, mencionados en la página 38, son dos personajes de dibujos animados de una serie de televisión transmitida entre 1995 y 1998. Fue producida por Steven Spielberg y Warner Bros Animation.

Los hechos narrados en esta obra son totalmente irreales, fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud o coincidencia con personas de igual nombre y con posibles situaciones reales será simple coincidencia.

Los nombres utilizados para los miembros de la Soberana Orden de Malta que se presentan son ficticios: no corresponden con los de las personas que ostentan esos cargos al momento de esta publicación.

Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual.

jad_1.0-21-10.

Sobre las olas de Malta

J. Alfredo Díaz G.

NOTIFICACIÓN

Estos son seis capítulos de la novela, como vista previa para evaluación para los lectores.

Han sido eliminadas intencionalmente algunas páginas del principio, por lo que esta vista previa no representa su versión en formato impreso.

*Desconfía de quien te pida que sacrifiques la vida por algo,
mientras él permanece seguro.*

*Atesora a quien arriesga su vida para salvar la tuya
sin conocerte de nada.*

Índice

Algunos personajes	12
CAPÍTULO 1	15
Encuentro en La Valletta	
CAPÍTULO 2	23
Jugando a las adivinanzas	
CAPÍTULO 3	35
Un gran yate y un armario medio vacío	
CAPÍTULO 4	55
Un pianista, un buen café y una gran amistad	
CAPÍTULO 5	73
Un largo fondeo y decisiones inteligentes	
CAPÍTULO 6	83
Dorianne	

ALGUNOS PERSONAJES

Nicolás Ignacio Santillana Valdivieso (46): Protagonista masculino.

Elísabet Leonora Indira Sovera Alva (42): Protagonista femenina.

Nota: Entre paréntesis se indica la edad de aquellos personajes a los que se les menciona en la novela.

Federico Mirasierra Rodríguez (47): Capitán.

Luis Armando Reyes Bauza (49): Chief Engineer.

Marcos (23): Hijo de Federico y Rebeca.

Margarita «Margui» Alejandra (20): Hija de Federico y Rebeca.

Rebeca Melisa Salvatierra Solís (45): Esposa de Federico.

Zammit: Camarero en la cafetería en La Valletta.

Botticelli: Gato de la raza Van turca.

Pinky: Perro de aguas del Cantábrico.

Han sido eliminados intencionalmente el resto de los personajes que intervienen en la novela.

CAPÍTULO 1

Encuentro en La Valletta

—Buenos días, señora —saludó en español el hombre—. Le ruego que disculpe mi atrevimiento y no quisiera importunarla. ¿Me permite preguntar el motivo de esa tristeza tan profunda que noto en usted y si puedo hacer algo?

La mujer, que aún recordaba los treinta que dejó atrás, no hacía tanto, ante una taza vacía se lo quedó mirando entre sorprendida y curiosa. En las calles de La Valletta, si no estabas bajando estabas subiendo, por lo general. Aquella, estrecha como la mayoría y en pendiente como tantas, era apacible y la cafetería y chocolatería, de colorida fachada azul, tenía buena clientela en proporción a su tamaño. La mujer dio un vistazo a las otras cinco pequeñas mesas alineadas en la acera ligeramente terraceda. Estaban ocupadas por dos personas, salvo las de los extremos en que habían agregado más sillas y en una había tres personas y en la otra cuatro.

En un gesto maquinal, ella echó hacia atrás un lado de la negra y amplia melena rizada que le caía por delante, y volvió su atención al hombre que seguía de pie enfrente. Tenía bigote y barba poblada y bien cuidada. Vestía traje de un clásico corte italiano en tela fil-á-fil de un color gris marengo, con camisa y corbata negras y llevaba gafas de sol. Resultaba algo difícil calcularle la edad, aunque supuso que andaría alrededor de los cincuenta. Como ella no respondía, él dijo:

—Le pido disculpas si la he incomodado.

Él observó la gente en las mesas. Se levantaron los tres en la del extremo inferior desocupándola y él pareció dispuesto a ir hacia allá. Ella dijo entonces.

—No me ha molestado en nada, caballero, descuide. Es tan solo que yo estaba bastante distraída en mis pensamientos, y me ha agarrado por sorpresa con su pregunta.

—Yo venía con la idea de tomar un café en particular que se ha convertido en un dulce y delicioso vicio para mí. Pero las mesas están ocupadas, y supongo que con la misma idea que yo traía de sentarme a aprovechar el suave sol. Vaya por Dios, se me adelantó esa pareja agarrando la que se había desocupado. El día está hermoso y me contraría sentarme adentro, pero tendrá que ser.

—Lamento que la conversación conmigo haya sido la causante de ello. Si gusta puede sentarse aquí y compartimos la mesa, que para dos hay sitio de sobra.

—No quisiera ser un incordio para usted y sacarla de sus pensamientos —dijo él.

—Quizás salir de mis pensamientos sea lo que yo más necesito en este momento. Por otra parte, no he alquilado esta mesa en exclusividad. Me gusta sentarme en las barras. Si estuviéramos, no podría impedir que alguien se pusiera en la silla de al lado ni me importaría. Puede usted sentarse.

—Gracias, es muy amable.

Apartó la silla y se sentó frente a ella.

§

Hizo seña al camarero y dijo en maltés:

—Buenos días Zammit.

—Muy buenos son, capitán Santillana. Tiene algunos días que no venía o yo no le he visto durante mi turno.

—Sí, llevo días sin venir por La Valletta. Hoy tuve que hacer unas gestiones en el banco y con la Autoridad Portuaria.

—¿Será su *espresso panna* Baileys de costumbre?

—Si eres tan amable.

—Al momento.

El camarero se alejó. La mujer, que no había dejado de observar al hombre y había quedado curiosa, preguntó:

—¿De dónde saca su apreciación sobre mi tristeza?

—Si fuera solamente la tristeza y usted otra persona, probablemente yo no habría comentado nada.

—¿Eso por qué?

—Porque el que más y el que menos tenemos alguna tristeza dando vueltas. Algunas son pasadas y se niegan a desaparecer, quizás considerando, equivocadamente, que mientras más añejas sean dejarán mejor sabor. Otras son actuales.

—¿Y qué tengo yo de particular... o mi tristeza, para que usted se haya decidido a preguntarme?

—Dos cosas. Una de ellas es que puedo diferenciar perfectamente entre una simple tristeza, por profunda que sea, y una aflicción a tal grado como para que usted haya llorado durante un buen rato, quizás horas.

La mujer lo escrutó más, si acaso era posible. En sus ojos había ahora bastante más que curiosidad. Comentó:

—Está usted resultando ser una persona muy observadora. ¿Puedo saber qué más ha sacado de sus apreciaciones sobre mi estado de ánimo y situación?

Él se tomó tiempo para responder, observándola también y quizás ordenando sus ideas.

—Yo no quisiera entrometerme en su vida personal.

—No lo hará por darme su opinión. A menos que luego pretenda ir más allá y profundizar donde no debe.

Él sonrió levemente y explicó:

—Una persona con tal expresión de tristeza y aflicción, y sentada en una mesa en la calle con la maleta y el neceser al lado, no está llegando a la isla mientras disfruta de un café y decide dónde alojarse. Tampoco ha dejado el hotel y está haciendo tiempo para ir al aeropuerto hacia cualquier parte o al ferri para Italia.

—Ahora sí ha logrado interesarme. ¿Cuántas horas lleva observándome que no lo vi? Porque si me dice que ha sido de un solo golpe de vista... Yo no lograría eso ni en una hora.

—No, no ha sido en un golpe de vista: fueron tres.

Una pequeña sonrisa apareció ahora en el rostro de ella.

—¿Ha necesitado tres?

La cara de él se iluminó con una; al menos sus labios, porque los ojos seguían ocultos bajo los cristales oscuros. Dijo:

—Ya ve. La primera fue solo el contacto, ya que di un vistazo a las mesas y a las personas en ellas, por si había algún conocido. La segunda, casi inmediata, fue porque me llamó la atención su expresión. La tercera fue ya para profundizar y captar los matices y la situación general.

Ella dijo:

—Pues, en ese caso, puede decirse que esos tres golpes de vista fueron el equivalente a una sola mirada larga. Es usted rápido. No creo que sea detective. ¿Es psicólogo?

—Tanto como la vida me haya podido hacer, sin las notas académicas, exámenes, togas, birretes ni graduaciones.

Aquella suave sonrisa volvió a los labios de ella.

—¿Y ya tiene su conclusión y diagnóstico empírico, poco ortodoxo y nada académico? Suelen ser los mejores.

Él volvió a sonreír y preguntó:

—No lo sabía. ¿Eso por qué?

—Una amiga que es psicóloga clínica me dijo que se averigua más de una persona tomando un café o una cerveza, que en varios días de sesiones en el consultorio.

—Es una opinión interesante y no me extraña que sea de esa manera. Pues bien, en el caso presente de usted y tratándose de una mujer, además tan bonita y sin lentes de sol para ocultar los ojos todavía enrojecidos por el llanto largo, hay tres... cuatro circunstancias probables que se me ocurren.

—¿Cuatro? ¿Le importaría decirme cuáles son?

—Que haya recibido la amarga noticia de una defunción de alguien muy querido; que le acaben de informar que ha quedado sin trabajo y sin indemnización, luego de diez años. Como no lleva anillo de casada, la tercera es que haya terminado de mala manera con el novio o él la haya dejado tirada. Por último, muy poco probable en Malta, aunque no imposible porque hay de todo, que la hayan robado en mala hora y ha quedado en la calle sin saber qué hacer ni a dónde ir.

Ella lo escudriño hasta donde logró llegar, luego perdió la mirada en el fondo de la taza ya vacía.

§

Llegó el camarero llevando el café vienés especial y un vaso con agua que dejó en la mesa delante de él.

—Espero que sea de su agrado, capitán Santillana.

—Más vale que sí —dijo ahora él en inglés—, o publicaré la crítica en *The Malta Independent*, en *L-Horizzont* y en las carteleras de las marinas y clubes náuticos.

El camarero sonrió y preguntó a la mujer:

—¿Usted va a querer otro café o algo más?

—No por ahora, muchas gracias.

El camarero se retiró. El hombre se quitó las gafas de sol y la mujer aprovechó para detallarlo algo mejor. Era de pelo

castaño y algo largo, con ojos pardos claros. La barba espesa, aunque bien recortada, no daba para apreciar más.

Él mezcló la crema montada del café y probó un sorbo.

—Como que hoy no tendré que escribir la crítica; tiene la cantidad de Baileys correcta y está delicioso —comentó.

—¿Es periodista?

—Nada que se le parezca. Bromeaba con el camarero.

—No pego una, a diferencia de usted —dijo ella—. No sé el porqué, pero me da la impresión de que lo conozco de algo.

—¿Ve? Eso quiere decir que ya está progresando y en tan solo unos pocos minutos.

Ella sonrió algo más distendida ahora y dijo:

—Sí, yo he necesitado bastante más de tres vistazos. ¿No siente curiosidad por saber qué tan acertada o no ha sido su apreciación sobre mi estado y situación actual?

—Pues sí. Es solo que eso sí que sería ir más allá y profundizar en sus asuntos personales, y no solo usted dejó claro el límite, sino que es algo que yo no le pediría.

—Es usted muy cortés. Entonces, lo haré yo misma. Quizás conversar sobre ello con alguien más que con la policía me haga bien. Y siento que usted lo merece porque su abordaje inicial, si no me equivoco fue por el interés de ayudarme y no por un intento de ligar. Lo que me ha ocurrido lo dedujo usted en las dos últimas posibilidades que planteó: mi novio se largó anoche y me robó todos los valores. Salvé el documento de identidad y el pasaporte porque los tengo en una cartera aparte, junto con el boleto de avión de retorno a Madrid, o sí que estaría en problemas. Pero se llevó mi billetera con el dinero y las tarjetas. Incluso mi móvil y el ordenador portátil, que es mi medio de trabajo. Hace poco que puse la denuncia en la policía.

—Lamento muchísimo eso. Resulta una situación completamente indeseable para cualquiera, mucho más cuando se está de viaje en un lugar lejano. ¿Cuándo es el vuelo?

—En doce días. El caso es que no tengo cómo cambiar la fecha para adelantarlo, porque tendría que pagar un recargo y quedé sin nada, tan solo con el sencillo para pagar este café. En la policía me hicieron el favor de dejarme un teléfono, y pude llamar para notificar el robo de las tarjetas y que las bloqueen. Pero necesitarán varios días para enviarme una de reemplazo. Aunque no sé adónde.

—¿Eso por qué? —preguntó él.

—Porque no tengo una dirección. He tenido que dejar el hotel hoy porque no puedo seguir pagándolo; detalle que no informé a la policía. Si fuera por un par de días, pues todavía lo podría acordar con el hotel. Pero es jueves y me agarrará el fin de semana completo. Como ve, acertó todo, incluyendo lo de la maleta.

—Ahora sí que comprendo mejor su aflicción, ese dolor y la carga de desesperación que capté en usted, y no es para menos, si ni siquiera sabe dónde podrá pasar la noche ni qué comerá. —Ella soltó un breve suspiro por toda respuesta—. Si usted me lo permite, quizás yo pueda hacer algo para ayudarla un poco en esta situación tan indeseable.

Los ojos de profundo color castaño oscuro de ella se clavaron en los de él.

—¿Cómo podría ayudarme?

—Puedo pagarle el alojamiento en el hotel donde estaba o en el que usted prefiera. Por el tiempo que sea necesario para que resuelva su situación. De esa manera, podrá tener una dirección física para que le envíen las tarjetas. Sería un préstamo y luego usted me lo devuelve.

La expresión de ella dejaba claro que no creía estar comprendiendo bien aquello. Le preguntó:

—¿Qué tendría que dejarle en prenda?

—Nada más que su palabra.

—Podría marchar sin devolverle el préstamo.

—Seguro que sí, porque yo no le pondría ni vigilancia ni una denuncia, aunque esa pérdida no sería como para comprometer mi economía. Pero usted no lo hará —dijo él.

—¿Por qué lo está haciendo?

Él dio un par de tragos lentos saboreando el café, y escuchándose con ello para no responder al momento.

—Noto que no está dispuesta a aceptar el ofrecimiento de un desconocido, porque presume que después querré otro tipo de compensación diferente. Es una suspicacia normal.

—Veo que con usted yo no necesito de muchas palabras, y que la vida le ha dado ese título de psicólogo con postgrado.

—Sería una lástima que me escatimase las palabras. Por otra parte, también entiende que la solución que le ofrezco llega caída del cielo para solventar la situación desesperada en que se encuentra. Por lo que me parece notar, no la deja reaccionar todavía y pensar con claridad. Ahora está envuelta en esas contradicciones.

Φ

CAPÍTULO 2

Jugando a las adivinanzas

Ella no hizo comentario alguno. Tampoco era necesario. Pero no lograba apartar su mirada de él que, en vista de su silencio, añadió ahora en tono más personal y tuteándola:

—Vamos a hacer una cosa. Si yo adivino cuál es tu nombre ¿aceptarás la ayuda que te ofrezco? —Ella dio un vistazo a su maleta y al neceser que tenía encima de ella. Él sonrió y dijo—: No, no hay nada que lo tenga puesto y que yo haya podido ver; tú lo has de saber bien. ¿Cuántas oportunidades me concedes para acertar?

Ella no pareció dispuesta a responder. Él esperó sin abandonar aquella suave sonrisa que invitaba a la confianza.

—Yo te conozco —dijo ella—. Hay algo en ti que me resulta más familiar a cada momento.

—Eso suena muy bien. Quiere decir que, si prolongamos esto más tiempo, podrás llegar a recordar. ¿No te parece?

Ella sonrió, evadió la respuesta y dijo:

—Es tu voz y esa... actitud cortés que tienes, aunque algo atrevida. O te conozco de algo, de hace mucho, o es que cada vez me recuerdas más a alguien.

—Pues, si no es lo segundo ni me conoces de antes, será que ya me estás conociendo ahora. Lo cual es un síntoma excelente, según yo lo veo.

—¿Un buen síntoma de qué? —preguntó ella.

—De que captas que no soy alguien que se intenta aprovechar de ti y del mal momento por el que pasas.

Ella volvió a aquel largo escrutinio detallado de él y a rebuscar en sus recuerdos. Pero no lograba ubicarlo.

»¿Entonces? ¿Cuántas oportunidades me das?

—Dos —dijo ella, finalmente.

—¿Tan pocas? Los genios maravillosos dan tres.

La sonrisa volvió a los labios de ella.

—Yo no soy un genio maravilloso o no estaría pasando por una situación tan comprometida y desagradable. Tampoco estoy concediendo deseos, sino dando oportunidades.

—¿Oportunidades para qué?

La expresión de él resultó tan pícara y divertida, que ella no pudo menos que sonreír ahora de manera abierta y dijo:

—Para adivinar mi nombre. ¿No fue eso lo que pediste?

Aquel sutil cambio en ella no pasó desapercibido para él, que le respondió:

—Vale, me conformo con esas dos oportunidades que son mucho mejores que nada. ¿Has escuchado la canción «Belle» por Garou, del musical *Notre-Dame de París*?

—Sí, ¿por qué?

—Porque pienso que Belle es el que te quedaría perfecto a ti como nombre; ni mandado a hacer.

Los labios de ella se distendieron de nuevo en una sonrisa ancha que sostuvo y dijo:

—Las deducciones se te dan muy bien, pero las adivinanzas como que no; lamento que hayas gastado una oportunidad.

—Bueno, no es para desesperarse. Aún me queda otra y dicen que a la segunda va la vencida. ¿No es así?

—Es a la tercera —aclaró ella.

—¿Fue por eso por lo que me diste solamente dos?

Ella volteó la cabeza hacia un lado, en un vano intento de ocultar aquella sonrisa más amplia que surgió ahora.

—No, no fue por eso —respondió.

—Pues con dos oportunidades solamente no sé qué pensar. Quizás podría tomarse como que no tienes ganas de que adivine tu nombre. De ser así, me indicaría que no quieres que lo haga porque no deseas la ayuda que te ofrecí, y es la forma diplomática de no rechazarla de una manera directa. Aunque considero que sería una situación impropia, dado lo tanto que necesitas una ayuda, en este momento.

—Sí, resultaría contradictorio —convino ella.

—Vamos a hacer algo antes de apurar mi segunda y última oportunidad para adivinar tu nombre. Para que no sientas presión por el préstamo económico para solventar temporalmente tu situación, voy a agregar un nuevo ofrecimiento.

—¿Otro más? Estás bien generoso. ¿Cuál sería?

—Te ofrezco alojamiento gratuito y sin ninguna clase de retribución por tu parte, ninguna; por el tiempo que necesites hasta que tengas que marchar o logres resolver esto antes.

De nuevo se produjo el largo silencio de ella, quien pareció buscar inspiración y consejo en el interior de la taza con un fondo de café que ya se reseca. Comentó:

—Por la reacción familiar del camarero y que hablaste en maltés, deduzco que eres alguien asiduo y no un turista simple. ¿Vives aquí?

—Llevo algo más de dos años residenciado en Malta.

—Por lo menos pegué esa; voy progresando. ¿Dónde sería ese alojamiento que me ofreces? ¿En tu apartamento?

—Donde estoy viviendo, sí. Serías mi huésped.

—¿Vives solo?

—No. Somos siete.

—Suen a muchedumbre. ¿Todos hombres?

Él ahora rio de manera abierta y dijo:

—Ya me esperaba esa pregunta por tu parte; es muy propia de ti, sin duda.

—¿Propia de mí, dices? No puedes conocerme tanto en estos pocos minutos que llevamos —dijo ella.

—¿De qué minutos hablas? Para mí han sido segundos con un grato sabor a largos años.

—Además de psicólogo eres también filósofo.

—Somos tres hombres. Uno tiene a su esposa y una hija de veinte. Los otros dos vamos por libre, diría yo. El resto son un perro y un gato y formamos una familia bastante peculiar y divertida. Incluso algo alocada, en ocasiones.

—No sé. Suen a mucha gente —dijo ella.

—¿Cinco personas? Eso sería según y dónde estén. Si estuviésemos todas en esta pequeña mesa circular, sí que seríamos muchas. Colocadas una en cada mesa ya no lo seríamos. Y si las cinco nos repartimos en la St. George's Square, cualquiera te diría que está vacía.

—Un matrimonio con una hija más dos hombres solteros, ¿y aún te sobra una habitación?

—Tres, para la familia y las visitas del verano.

—Como que suena más seguro lo del préstamo —dijo ella.

—Antes de que sigas calentándote la cabeza por caminos tan retorcidos y que no son, porque vas muy, muy alejada de la realidad, voy mejor con mi último intento por adivinar tu nombre. Luego decides. ¿Te parece?

—Dale, que me tienes interesada.

Él tomó otro trago y comentó:

—Estoy como al que le queda la última oportunidad para ingresar el número de clave de treinta dígitos, para acceder

a su cuenta bancaria con seiscientos millones de dólares en bitcoins o los pierde.

—¿Eso es lo que valgo?

—No te pagarían con todo el dinero de Malta, porque tú no tienes precio.

La expresión de ella, que no la logró ocultar, dejó ver que le había gustado aquello.

—Esas respuestas... Oye, es que siento que te conozco. Es una sensación cada vez más fuerte y me tiene muy confundida. Hay momentos en que casi, casi logro ubicarte.

—Me complace que sientas eso. Bien, para tu nombre me está viniendo otra melodía a la cabeza —dijo él.

—¿Tú sacas la inspiración de la música?

—Solo en esas ocasiones particulares en que mi corazón canta, ayudado por un buen café con nata montada y un excelente Baileys. Esa melodía la escuché por primera vez de joven, hace ya bastantes años atrás, interpretada por Richard Clayderman. Posteriormente, fue que supe que era una del gran Beethoven. Espero que la conozcas y que te guste.

—Veamos cuál es y si no pierdes tus seiscientos millones.

—Se titula *Para Elisa*.

La expresión divertida que había en el rostro de ella cambió por otra de desconcierto. Él añadió:

»Como diminutivo de Elísabet es un nombre que me ha parecido muy bonito y, sobre todo, cuando lo escuché mencionar en labios de una mujer, hace ya unos nueve años.

Ella casi saltó en la silla.

—Yo... Yo... ¿Me conoces?

—Sí.

—¡Con razón yo siento que te conozco! Cada vez es más fuerte esa sensación, y eso me tiene muy confundida porque

aún no logro saber de dónde o de qué. Pero no es con barba y bigote, porque no te ubico de esa manera y es lo que me trae dándole vueltas y más vueltas. Ya puestos en estas adivinanzas en que andamos dime algo sobre ti, a ver si ahora te ubico yo, por favor, señor incógnito —pidió ella.

—¿Qué te podría decir en unas pocas palabra? Tengo buenos conocimientos de navegación, de buques, ordenadores y Photoshop. Y tienes razón: me conoces, aunque sin barba ni bigote. Nos conocimos hace bastantes años en Madrid.

—¿Dónde?

—Fue realizando un curso.

—¡De Photoshop! ¿Nicolás?

Él se pasó una mano por las barbas. La manga de la chaqueta subió, dejó ver mejor el puño de la camisa negra y destacó el gran gemelo dorado con una imagen grabada.

»¡Nicolás! El camarero te llamó Santillana. ¡Nicolás Santillana! —Ahora ella se levantó de la silla y preguntó—: ¿Eres Nicolás Santillana? Eres tú, ¿verdad?

Él se levantó también y respondió:

—Sí, el mismo, aunque con algo de Photoshop encima, señora Elisabet Sovera Alba.

—¡Nicolás! —Ella lo abrazó y atrajo las miradas—. ¡Uy, madre, Nicolás! ¡Mira por dónde! ¡Ahora sí! ¡Hum! Sí, es tu perfume, lo recuerdo muy bien, ¿cómo olvidarlo? Qué dichosa me hace encontrarte, Nicolás, qué dicha tan grande siento. —Se apartó un paso y dijo—: Tu voz me sonaba mucho, pero las barbas me despistaron por completo.

—Este es el pelambre del invierno para el frío, como los caballos. Mañana me toca ir a cortar el pelo y quitarla.

—¿Esos son los retoques de Photoshop que tienes?

—Sí. Tú, al contrario, no los necesitas: estás igual.

Los dos se volvieron a sentar y ella comentó:

—Con razón dicen que el mundo es un pañuelo. En este caso se aplica perfectamente.

—Pues mira que este ha de ser un pañuelo de lo más caprichoso. Porque después del curso, en todos los años en Madrid no llegamos a coincidir, y viene a ser en este lugar, casi en medio del Mediterráneo y en el minúsculo pañuelo perdido que es el archipiélago de Malta.

Ella ahora soltó una alegre carcajada y dijo:

—Es muy adecuada la observación. Eres tú y tu sentido del humor que tanta gracia me hacía, definitivamente. Cuánto te he recordado, Nicolás, cuánto te he recordado.

—Suceda lo que suceda, nunca pierdas esa preciosa risa que tienes, Elisa, ni escatimes esas sonrisas luminosas.

Ella, con una de aquellas, clavó su mirada en el fondo de los ojos de él. Los bajó y preguntó:

—¿Fue por eso por lo que me dijiste al inicio que no hubieses hecho ningún comentario, si yo hubiese sido otra persona? ¿Fue ese el segundo motivo, que no lo aclaraste?

—Sí, por eso mismo fue; porque te reconocí.

—¿Y qué te dio por venir a vivir aquí en esta minúscula isla en medio del Mediterráneo? Como tú dices.

—Eso mismo: que está en el medio y de paso hacia todas partes. Yo quise escapar de las políticas españolas erráticas y faltas de coherencia, que cambian con cada nuevo gobierno regido por las mentiras y el engaño. También de sus políticos que no asumen sus responsabilidades y errores, y todo se lo atribuyen a la extrema izquierda, la extrema derecha, a los comunistas, los fascistas y a lo que sea, y este sitio me gustó.

—Sí, puedo comprenderte muy bien en eso. En el mes que llevo aquí no los he echado de menos para nada. Ni los he

recordado siquiera. Con decirte que no he querido ni ver las noticias de allá. No sé lo que está sucediendo.

—Por lo que te entendí, un poco de suelto que tenías perdido en los bolsillos fue lo que usaste para el café. Entonces, no has desayunado.

—No, ni tengo esperanzas de almorzar —dijo ella.

—Pues vamos a solucionarlo. ¿Me permites invitar el desayuno, por los viejos tiempos?

—Nicolás, no te voy a decir que no; eres muy amable.

Él hizo seña al camarero y este le preguntó:

—¿Conoce a la señora?

—Sí, no nos veíamos desde hace bastantes años. Yo no me presenté de inmediato y ella no me reconoció con la barba.

—No es nada extraño, ya que cambia mucho a un hombre. ¿Qué van a querer?

—Me parece que ponernos al día nos llevará un buen rato de conversación, y para ella es ya la hora de desayunar. Prefero más pasar a una mesa adentro, que son más discretas y cómodas, y desocupamos esta para quienes toman algo rápido y buscan el sol y ver la gente.

—Como usted guste, capitán, se lo agradezco.

—Permíteme, Elisa —dijo él agarrando su maleta.

§ §

Se sentaron al fondo y quedaron conversando sobre el pasado y el presente, ya de una manera completamente distendida por parte de ella y sin ninguna clase de reservas ni de suspicacias, que se volatilizaron como por ensalmo llevadas por los buenos recuerdos y algo más.

Luego del sosegado desayuno con un cappuccino para él, y la larga sobremesa conversando sobre aquellos tiempos lejanos, él se disculpó y llamó por su móvil:

—Hola, Beca. Llevaré una invitada a comer.

»Eso no lo sé todavía. Es factible y bastante probable. Al menos eso es lo que yo espero; ya veremos.

»Preferiría que bastante más. Anda, no seas tan curiosa.

—¿Es tu esposa? No, creo que dijiste que tú y otro ibais por libre, además del perro y el gato.

—Ella es la esposa de mi compadre Federico y nuestra excelente chef de cinco estrellas, aunque no se las hayan dado los de la Guía Michelin. Pero es solo porque no la conocen.

Elísabet sonrió de nuevo y dijo:

—La tienes en un alto concepto.

—Ya comprobarás los motivos.

§

Ella volvió a observar la manga de la camisa y comentó:

—Esos gemelos tan peculiares fueron los que me terminaron de dar la pista. Porque solamente te los he visto a ti, en dos oportunidades durante el curso. Me llamaron mucho la atención, ya que son dos arcos de cupido con sendas flechas que apuntan cada una en la dirección opuesta, y yo siempre he visto uno solo. ¿Tiene algún simbolismo el hecho de que los arcos sean dobles?

—Sí. Los compré hace bastantes años ya, en una joyería en Grecia en el puerto del Pireo. Son de oro y aseguraron que en gemelos eran piezas únicas, y me explicaron la simbología que encierran: son un llamado al amor humano de pareja. Son dos arcos porque mal le irá a la persona que cupido arroje una de sus flechas nada más.

Ella preguntó:

—¿Eso por qué? Significa que se enamorará, ¿no?

—Sí, pero ¿habrá reciprocidad o sufrirá la amargura de un amor platónico? Peor aún, ¿uno no correspondido? Cupido

tiene que lanzar dos flechas: una a cada uno para que el amor surja entre los dos.

—¡Ah, claro! Por supuesto. Gran detalle es ese, muy grande. Ahora ya entiendo por qué hay tantos divorcios y separaciones. O Cupido no se ha dado cuenta de que los tiempos son otros muy distintos o es que anda ahorrando flechas.

—Yo tenía bastante que no me ponía estos gemelos y mira por dónde ha sido hoy. ¿Y qué pasó con tu anillo?

—¿El de casada? No tengo la más mínima idea de dónde terminó él ni el tío que me lo dio, y tampoco tengo el menor interés en saberlo. Si el tipo murió, mucho mejor, y si fue bien sufrido, pues mejor todavía. Hace ocho años que quedé libre y soltera, y no tengo nada en absoluto que lamentar con respecto a eso; nada. Tuve que haberlo hecho siete meses antes, y eso sí que lo he lamentado infinito.

La mirada de ella dijo algo que él no entendió.

—Con respecto a mis dos proposiciones para solucionar tu situación, en lugar de la estadía del hotel por los doce días que te faltan para el vuelo, quizás prefieras mejor que te pague el cambio de fecha del boleto de avión. Será mucho menos dinero y te podrías ir antes, quizás mañana mismo o pasado, y con eso olvidarás más rápido lo ocurrido.

Aquella mirada que él no comprendía volvió a los ojos de ella. Fue larga y ahora sus labios sonrieron cuando dijo:

—Sigues siendo un amor, Nicolás; no has cambiado nada en ese sentido. La isla me estaba gustando y me sentía a gusto. Resulta tan reposada y distinta. Vine por cuatro semanas y estaba pensando en prolongar mi estadía durante un par más. A raíz del... fuerte revés emocional que he sufrido hoy, hace media hora hubiese considerado ese cambio como la opción principal para marchar cuanto antes. Ya no.

—¿Por qué ahora no?

—Porque te encontré aquí y será por algo.

Ahora fueron los dos quienes no supieron comprender lo que decía la mirada del otro. Él dijo:

—Bien, descartamos el cambio. Como adiviné tu nombre me corresponde una respuesta de tu parte, a una de las propuestas que hice para resolver tu situación. No es necesario que lo hagas en este momento. Te invito a que vengas y veas dónde vivo, y compruebes que tampoco la pegaste en la idea que te has hecho. Para que conozcas también a mi peculiar familia, cuyo número te resultó tan suspicaz, y disfrutemos luego de una excelente comida. Como ya no hay prisa, podrás relajarte el resto del día, para que sacudas esa tristeza y recuperes la alegría que yo conocí y echaba de menos.

—¿Me echabas de menos?

—Demasiado, Elisa, demasiado. Luego, ves lo que puedes o te conviene hacer y tomas una decisión calmada y sin presiones. ¿Te parece?

Ella volvió a mirarlo de aquella manera y dijo:

—De verdad que eres un amor: el Nicolás que yo conocí. Me parece muy bien. Ya me estoy sintiendo mucho mejor.

—Magnífico.

Llamó al camarero.

—¿Todo a su gusto, capitán Santillana?

—Sí, Zammit, gracias. No hay críticas.

—Eso me complace porque no nos conviene la mala publicidad —bromeó él también.

El camarero le dijo cuánto era la cuenta. Nicolás pagó y le dio la propina. El hombre dijo:

—Gracias. Que tengan un buen día. Espero verlo pronto, capitán Santillana.

—Gracias. Permíteme llevarla, Elisa —dijo Nicolás.

Agarró de nuevo la maleta con ruedas de ella, quien se hizo cargo del neceser, y fueron subiendo la calle.

—¿Queda lejos? —preguntó ella.

—En una isla que tiene de veintiocho a treinta kilómetros de largo por catorce o quince en su parte más ancha, ningún lugar se considera lejos. Para que te hagas una idea, la superficie total de Malta es de trescientos veinte kilómetros cuadrados. Cabe casi dos veces dentro de Madrid capital y cinco y media dentro de lo que es su área metropolitana.

—¡Uy! Ahora sí que lo veo. No me había dado cuenta de que es tan pequeña.

—Si nos referimos a las ciudades alrededor de La Valletta, todo está *ahí mismo*. Estoy en la zona de Ta' Xbiex.

—La conozco de pasar. Es por donde están las marinas y las embajadas de España, Alemania y las otras.

—Sí, algo más allá después de la vuelta, en la marina por la iglesia de St. John of the Cross. Yo he ido y venido caminando, aunque prefiero la bicicleta. Pero ninguna de las dos alternativas es para ir con maletas. Podríamos tomar el autobús y pasear un rato. Sin embargo, tendríamos que caminar luego un poco, aunque sería un paseo agradable. Veamos mejor si agarramos un taxi que ande cerca, que no abundan, o llamo a uno. Llegaremos en cinco minutos. Allí estaremos bien cómodos y frescos. ¿Te parece?

—Como quieras, Nicolás.



CAPÍTULO 3

Un gran yate y un armario medio vacío

Por indicación de Nicolás, el taxi los dejó a la altura de la parada del bus, en el final de la calle Principessa Elizabetta y la bifurcación que hacía la ix-Xatt Ta'Xabiex en los Jardines del Consejo de Europa. Elísabet se quedó mirando los caserones británicos y los pequeños edificios y preguntó:

—¿Vives en alguno de esos?

—No, aquí en el lado contrario, en un yate en la marina.

—¿Vives en un yate de estos?

—Sí, y espero que no te marees ni le tengas miedo al agua, aunque ni se mueve. Ven.

Dos calles separadas y de sentido contrario, llenas de autos estacionados, bordeaban la orilla en aquel lado de la bahía en frente de Manoel Island. En la larga zona de muelle se encontraban atracados de popa una treintena de yates entre veleeros y de motor, que ella iba observando. Había tres personas en el muelle junto a uno. Bajó otro y saludaron a Nicolás.

—¿En ese es que vives tú? Pensé que sería en algún velero. Es un yate lindo y grande —comentó ella.

—Este es un Filippetti Navetta de veintiséis metros de eslora. Capitán Parnis, ¿cómo van las cosas hoy?

—Todo bajo control, Nico, que es lo importante, ¿no?

—Eso mismo opino. En asuntos marítimos, si algo no se encuentra bajo control es para comenzar a preocuparse.

Ella quedó contemplando un gran catamarán que estaba atracado al lado y destacaba por el color, y ni se enteró de lo que hablaron los otros. Hasta que lo escuchó preguntarle:

—¿Te gusta ese?

—¡Uy, sí! Es grandísimo y bello. Tiene un tono bronce metalizado precioso. ¿Cuántas cubiertas son, cuatro? —Se acercó hasta allá para verlo mejor—. Madre de tamaño que tiene.

—Bueno, no es tan grande. Tiene cincuenta metros.

—¿Y eso no es grande? Yo lo veo enorme y es anchísimo.

—Eso sí. Tiene diecisiete metros.

—Si son seis más que el largo de mi piso. *Alondra del mar*. Lindo nombre. Ha de ser una belleza.

—Lo es. A mí me gusta. ¿Te agradaría verlo por dentro?

—¡Uy, claro que sí! ¿Se puede? ¿Conoces al dueño?

—Y a la tripulación. Ven, que es un buen momento. —En popa de la cubierta principal estaba un hombre que los observaba y Nicolás dijo—: Permiso para subir a bordo.

—Permiso concedido —respondió el otro.

Ella cruzó por la pasarela hasta la cubierta de embarque en estribor y, desde allí, subió hasta la cubierta principal.

—Permíteme presentarte a Federico Mirasierra Rodríguez, el capitán de esta nave —dijo Nicolás.

—Elísabet Leonora Sovera —dijo ella dándole la mano.

—Es un placer conocerla. Bienvenida a bordo.

—Gracias. Esta cubierta en popa es amplia como para bailar. Ese largo sofá en C y los dos sillones están que ni mandados a hacer para sentarse a conversar en grupo y tomar algo.

—Fue concebido con ese propósito —dijo el capitán.

—Elisa, ¿te importaría dejar los zapatos aquí? —preguntó Nicolás que se estaba quitando los de él—. Es una costumbre que hay en los yates para alejar a los malos espíritus.

—No, por supuesto; no tengo problema.

Las puertas de vidrio estaban corridas por completo, y la cubierta formaba un solo espacio visual y físico con el amplísimo interior, que atraía las miradas de ella como la flor a la abeja. Nicolás dejó la maleta a un lado y le dijo:

—Adelante, pasa con toda confianza.

—¡Ay, madre, qué belleza! Qué amplitud y luminosidad. Me encantan la decoración y el mobiliario. ¡Pero si tenéis ahí un piano cuarto de cola y todo! ¡No lo puedo creer! ¡Jolines! Si es un mismísimo Steinway & Sons. Cualquier pelusa.

Una mujer como de la edad de ella, que estaba leyendo en uno de los sofás del salón, se había levantado y dijo:

—Pensé que tardarías algo más. ¿Vinisteis en taxi?

—Sí, debido a la maleta de ella —dijo Nicolás—. Elísabet, ella es Rebeca Melisa Salvatierra, aunque le decimos *Beca*.

—Bienvenida, Elísabet, es un placer.

—Encantada de conocerte, Beca. Puedes decirme Elisa.

Nicolás le aclaró:

—Es la esposa de Federico y la que tiene el trabajo más importante, delicado y de mayor responsabilidad en esta nave.

—¿Más que el del capitán? ¿Cuál es? —preguntó Elisa.

—Mantenernos felices: es nuestra chef.

Beca y su esposo echaron a reír.

—¿Ella es la cinco estrellas Michelin que me dijiste?

—La misma que viste y calza. Bueno, no calza porque aquí a bordo solemos ir descalzos —dijo Nicolás.

—¿Eso dijo de mí? —preguntó Beca.

—Sí, aunque las estrellas no te las han dado los de la Guía, pero es tan solo porque aún no te conocen —dijo Elisa.

Beca sonrió dando una mirada a Nicolás.

—Espero que te sientas cómoda a bordo, Elisa.

—Por lo que estoy viendo me parece que lo estaré. Oye, ¿aquí es que vives tú?

—Sí —dijo Nicolás.

—Yo pensé que era en el Filippetti de allá.

—No, ese es de Matthew Parnis.

—Caray, y tienes un piano de cola en una lancha.

—No es precisamente una lancha —puntualizó él.

—Ya, claro. Es que yo no estaba preparada para encararme con algo como esta amplitud que parece un loft, porque venía pensando en una lancha grande o un velero. Los que viven en barcos viajando suele ser en veleros en los que hay que meterse adentro, no en esto tan enorme y que hay que subir.

Llegó corriendo un perro blanco de pelo rizado y tupido como lana de oveja, que se apresuró a menear la cola y dar vueltas alrededor de Nicolás buscando las caricias.

—Pinky, bandido, ¿vienes a conocer a la visita?

—¿Qué raza es? —preguntó ella acariciándolo.

—Conforma un ecotipo del perro de agua español, y es conocido como perro de agua del Cantábrico. Son fuertes y han sido utilizados tradicionalmente desde antaño para labores en los barcos de pesca. Es muy inteligente y avisado. Tiene tres años y el cargo de marinero y serviola.

—¿Qué es eso de serviola?

—Vigilante. Le has caído bien y te dio el visto bueno.

—¿Y ese nombre de Pinky?

Beca señaló a Nicolás y dijo:

—Es porque él es *Cerebro*.

—Conque *Pinky* y *Cerebro*. Es muy ocurrente. Yo los veía de niña. Estoy impresionada con esta grandiosidad y lujo exquisito. ¿Para cuántas personas es el yate?

Él dijo:

—Para diez pasajeros y doce tripulantes en nueve camarotes. Una suite es del propietario y en esta cubierta quedan los cuatro camarotes para invitados; aunque no suelo traer a más de seis. Abajo en los cascos hay siete camarotes para tripulantes. Los que vivimos de manera permanente somos cinco apenas y nos ocupamos de todo. Al ser una nave 100% eléctrica y muy automatizada tiene muy poco mantenimiento de maquinarias y no se necesita personal profesional fijo.

Por una escalera interna subió un hombre y preguntó:

—¿Llegó la invitada?

—Sí, ella es Elisabet. Luis Reyes es el abuelo del grupo.

—¿Abuelo por qué si es joven? —preguntó ella.

—Porque con sus cuarenta y nueve es el de más edad. A bordo es nuestro Chief Engineer, sumiller y barman.

—Y también Sous Chef —puntualizó él.

—Sí, le encanta cocinar y lo hace muy bien —aclaró Beca.

—¿Qué te parece el bote? —preguntó Luis a Elisa.

—Solo con lo que estoy viendo ya alucino. Con el espacio de la cubierta de popa y este salón y el comedor habrá ¿qué? ¿Unos doscientos metros cuadrados llenos de luz y de color?

—Cincuenta más, sin la cocina que son veinticuatro.

—Y luego todo lo que haya por ese pasillo hacia la proa.

—Ciento setenta más —dijo Nicolás.

Elisa dijo:

—Es fabuloso este salón integrado con el comedor, el bar, la cocina, el piano junto al ventanal y ese enorme sofá nido.

—¿Sofá nido? —preguntó Beca.

—Es un espacio cuadrado delimitado por los largos sofás corridos, que se unen formando tres lados de igual longitud. En el frente está ese otro sofá y dos sillones que conforman el cuarto lado. Es como un acogedor nido ahí en todo el medio

para departir de una forma animada. Bueno, yo lo siento de esa manera. ¿Cuántas personas caben sentadas ahí, catorce?

—En el modo sobrio y ultra desahogado sí, ya que son los puestos que tiene por diseño. En ambiente ya más familiar y distendido dependerá de qué tan apretadito prefieras más estar; sobre todo, cuando hay niños.

—La cocina está integrada también al salón y al comedor.

—Sí, te presento mi reino —dijo Beca—. Disfruto del privilegio de la vista directa hacia babor, y también la de todo el entorno a través de los ventanales panorámicos del salón. La barra americana realiza la separación física de la cocina con el comedor y con el salón. Los taburetes son para sentarnos en desayunos informales y la merienda y picotear en el resto del día. Para eso son estos envases con nueces, anacardos, almendras, avellanas, pistachos, cacahuets y uvas pasas.

—Es muy espaciosa. Yo no esperaba que fuese tan grande. Aquí se mueven con toda soltura seis personas. Ya quisiera yo tenerla en mi piso. Si tiene de todo, incluyendo esa gran cafetera espresso que reluce. Esto parece una cocina industrial profesional, completamente en acero inoxidable.

—No lo parece: lo es —le aclaró Beca—. Todo el equipamiento es profesional de alta gama. Si estamos a la mitad del Atlántico no queremos que falle nada. Comprenderás que no es asunto de llamar al servicio técnico. Es un buque eléctrico y priva la eficiencia energética. La cocina, dos hornos de convención y diferente capacidad, y lo demás usual.

—¿Usas mucho el horno que necesitas dos?

—Sí. Tienen función de baja temperatura, para mantener calientes las comidas que se van a servir y mientras se va comiendo un platillo. También sirven como calienta platos.

—Estás cocinando en ellos, ¿no? —preguntó Elisa.

—Sí. Le falta poco para estar listo.

—La placa de la cocina encimera es enorme. Ahí no van a tropezar las ollas. No es lo que se consigue en ninguna casa.

—No creo que la consigas de ese tamaño en ninguna. Es que a Luis le gusta hacer las paellas como para que coman doce y sobre. Es una placa de inducción de alta eficiencia.

»Aquí tenemos esa enorme nevera de dos puertas verticales, y los espacios de almacenamiento para lo más usual del diario. Por esta escalera interna puedo bajar directo a la cubierta inferior en el semicasco de babor, donde está la zona fría con las cavas frigoríficas de la carne, pescado y vegetales, los pañoles para el resto de las provisiones y el área blanca. Tenemos capacidad para mantenernos bien abastecidos durante cerca de tres meses con pasajeros y la tripulación completa, aunque todavía no lo hemos hecho —dijo Beca.

—¿Tanto tiempo?

—Sí. Este es un yate de travesía ilimitada, y no es asunto de tener que atracar cada veinte días para aprovisionar.

§

Nicolás se había quitado la chaqueta y corbata.

—Beca, mientras conversamos unos asuntos, ¿querrías tú dar el tour a nuestra invitada, para que conozca el resto con las acomodaciones?

—Por supuesto, Nico, con todo gusto. Elisa, ¿te importaría acompañarme? La cocina y este baño auxiliar inician nuestro pasillo amazónico central. Cuidado con las ramas.

—¡Ay, madre mía, qué selva tan preciosa hay aquí! ¡Qué lujuria de color tan exuberante hace este pasillo! Es como estar dentro de un túnel vegetal con las ramas y las hojas de los árboles moviéndose, y un verdor que subyuga. ¡Si hay también pájaros y monos saltando por ellas! ¡Es vivo!

—Sí, es realmente hermoso. A mí me resulta relajante.

—¿Todos esos paneles son pantallas?

—Sí, y podemos cambiar lo que se presenta —dijo Beca—. En otoño son las hayas, arces, robles y otros árboles de hojas rojas. En primavera son almendros y cerezos floreciendo. Ahora ya están entrando los verdes frondosos tropicales.

—Pues produce una sensación de frescura única. Y esta escalera transparente tan linda ¿adónde sube entre la fronda?

—Es para la suite del armador y el puente de navegación. En esta zona de proa se encuentran los tres camarotes que tenemos para los invitados. El que está aquí detrás de la cocina tiene vistas al costado de babor, pasa —indicó Beca.

—Es amplio. Tiene baño completo y escritorio. Es lindo.

—En este lado de estribor está la oficina biblioteca. Aquí al final quedan los otros dos camarotes para invitados. Son gemelos en distribución y tienen vistas hacia la proa.

Entraron en uno, Elisa lo revisó y comentó.

—La vista es excelente y el baño es también muy amplio. Beca aclaró:

—De estos tres camarotes, el de babor cuenta con una cama oculta adicional. Es buena para una tercera persona o un par de niños. Los gemelos tienen dos individuales dispuestas en litera y también ocultas. El otro camarote de invitados, que completa los cuatro disponibles por diseño en esta cubierta, se encuentra en estribor por detrás de la escalera central. La entrada es por el salón en un costado; regresemos.

Elisa comentó:

—Tiene el piano a la entrada. Este camarote es el mayor de todos e igual de luminoso. ¿Por qué hay tantos libros?

—Porque es el que ocupa mi hija.

—Tiene una buena cama matrimonial.

—Aquí hay también dos camas individuales empotradas y ocultas para que no estorben. Son estas que parecen puertas de armario con estantes para libros, pero que se abaten. Mi hija las utiliza cuando invita a alguna amiga.

—Está muy bien porque no restan espacio —dijo Elisa.

—Como usamos solo tres camarotes para invitados, con las camas auxiliares se completan los diez y hasta un máximo de doce. —Salieron y Beca indicó—: Esta otra puerta da acceso a esta escalera que baja al semicasco de estribor. Por el pasillo de la cubierta hay acceso también, con el fin de que los tripulantes no tengan la necesidad de pasar por el salón. Abajo quedan tres camarotes para ellos, la cocina, comedor y un área de descanso. En babor están los otros cuatro. Uno es para el jefe de máquinas y tiene también una entrada independiente por la cubierta de popa. Vamos para que veas.

§

Nico, Fede y Luis seguían conversando en los sofás. Ellas regresaron del casco de babor por la escalera de la cocina, y por la central subieron hacia la tercera cubierta. Regresaron un rato después y Elisa comentó:

—Por Dios, Nicolás, tienes un yate de ensueño. El puente de mando es enorme a todo lo ancho con esos diecisiete metros; pero tiene solo cuatro instrumentos.

—Porque el resto está todo en pantallas electrónicas que se encuentran ocultas mientras no se necesitan —dijo él.

—El camarote del capitán está muy bien; también con un baño muy amplio y armarios para meter la ropa de toda una familia. Beca no se quejará. El del primer oficial supuse que sería menor, pero es gemelo. Los camarotes de invitados en esta cubierta son bien luminosos, amplios y con camas king size; preciosos, y los baños son divinos también. Me gustan

los lavamanos de encimera; se ven tan bellos y lujosos. Los camarotes de los tripulantes no son precisamente unos agujeros con literas triples como un submarino. Yo pensé que eso allá abajo iba a ser claustrofóbico, pero nada que ver.

—Nosotros tres sabemos bien lo que es ser un tripulante en los buques. Cuando elegí la personalización en su distribución me enfoqué en que fueran cómodos —dijo Nicolás.

—Omití tu suite —le dijo Beca.

—Está bien. ¿Me acompañas, Elisa? Volvamos a subir.

§ §

Nico la dejó subir delante. En el pasillo le indicó:

—Como ya viste, ahí a la derecha es el puente de mando. Esta puerta es la del camarote destinado al capitán y esta al frente es la del primer oficial. Aquí a la izquierda queda mi suite. —Él abrió la puerta. Del lado izquierdo, que era el de estribor, había una entrada y ella se detuvo a ver. Él dijo—: Es el cuarto de baño y el nombre le queda muy bien.

—No hay puertas. ¿Para qué? Es amplísimo y bello con una buena luz natural. ¿Con dos lavamanos?

—Es para una pareja, por si los dos vienen a la vez. Es algo al uso en los grandes yates. Ganas de gastar, me parece.

—¿El recubrimiento de ese ocre vetado es de mármol?

—De ónix —aclaró él.

—Esas tres mamparas de cristal con puertas... Una es claramente una gran ducha. Esa otra tiene bancos de madera en doble nivel y diría que es sauna. El cristal del otro es serigrafado y no veo. ¿Es otra ducha separada? No me dirás que es para que el hombre y la mujer se duchen aparte.

—Si están peleados, aunque pienso que sería una lástima porque es una excelente ocasión para reconciliarse. Ese es un baño turco —dijo él abriendo la puerta.

—¡Qué ricura! Me encantan los baños turcos y las saunas. Relajan tanto. ¿Y no hay bañera?

—Yo no la necesito para nada. Para ducharse me resultan incómodas y siempre estás expuesto a un resbalón. Para sumergirme de relax durante un rato, yo prefiero más el jacuzzi que está arriba. Aquí al final hay dos sanitarios separados. En los grandes yates hay cierta tendencia a colocar dos cuartos de baño completos, gemelos y separados para él y ella.

—Hay gustos y timideces para todo. —Salieron al pasillo de la suite y enfrente había otra entrada sin puerta—. Qué vestidor tan largo. No hay puertas de armarios y toda la ropa y calzado están a la vista. El ventanal deja entrar la luz y permite contemplar el exterior mientras uno se viste. Tiene dos lados gemelos muy bien distribuidos para colgar ropa, y múltiples estantes y cajones transparentes para saber lo que hay sin adivinar ni matarse buscando; me gusta. Qué ordenado. Hay ropa solo en uno de los lados. ¿Por qué en el otro no?

—Porque es el de *ella* y no hay una —dijo él.

Elisa se lo quedó mirando ahora con una expresión que él no logró definir. O quizás fue que prefirió más ir con cautela y no equivocarse en lo que creyó apreciar.

—¿Ninguna ha tenido interés en colgar su ropa ahí?

—Elisa, entre las poquísimas solteras no familiares que conocen este camarote, ninguna lo manifestó y si lo hizo no fue directa y yo no me enteré. Todavía no he decidido poner las fotos y el anuncio en Internet, en la sección de solteros buscando pareja estable y aficionada al mar.

—Puede que te sobrasen las candidatas.

—Quién sabe —dijo él.

—Ni con toda mi ropa llenaría la mitad de ese espacio. Tú tampoco llenas el tuyo. ¿Esa es toda tu ropa de invierno?

—¿Y para qué quiero más? Lo importante es tener suficiente ropa interior y capas medias de calidad, y la de afuera ya no importa tanto. Esas que están dobladas son unas Base Layers de Helly Hansen previstas para cubrir todas las condiciones y actividades invernales. El abrigo negro y el gris son para esas situaciones formales de otoño e invierno como el teatro, alguna recepción o ir a cenar. Luego, ese chaleco anorak y un par de cazadoras de distinto grosor. Ya para todo lo demás cuento con esa excelente parka Arctic Ocean de Helly Hansen. Lo mismo salgo con ella en todo el crudo invierno de Moscú que navego por el Ártico. Todos tenemos una. Esos pocos son los jerséis que tengo. —Salieron al pasillo, siguieron y mostró—: Aquí está el resto de la suite propiamente.

—¡Uy! Se hizo la luz. ¡Qué luminoso y precioso es a todo lo ancho! ¡Por Dios! En estribor es un acogedor salón familiar con los sofás, esa mesa circular y sillas para cuatro. Supongo que servirá para desayunar e incluso para comer en la intimidad con la esposa y los hijos. Me encanta ese escritorio largo pegado de frente al ventanal del costado. Ha de ser excelente para descansar la vista de la pantalla del ordenador y extenderla hasta donde alcance. Es justo lo que necesito. Ya quisiera tenerlo en mi piso en Madrid. En este otro lado es el dormitorio con una señora cama queen size. La cabecera es muy llamativa. Qué vista tan magnífica tiene hacia la popa y los dos costados. Pues en alguna cala creo que no me levantaría en todo el día deleitándome con ella.

—¿Y qué crees que me sucede? Hay ocasiones de esas en las que me cuesta levantarme —dijo él.

—Es un conjunto hermoso, como para vivir aquí; toda una señora suite de lujo, como bien lo dijiste. ¿Cuánto hay, cien metros cuadrados?

—Aquí hay sesenta entre el salón y el dormitorio. Con el baño y el vestier sube a ciento treinta y uno —dijo él. Abrió una puerta de vidrio y salieron a la cubierta en popa.

§

»Sobre la nomenclatura, la cubierta inferior está reparada en los dos cascos separados o semicascos, como también se les llama. La de abajo es la cubierta principal y a su zona trasera o *cockpit* le decimos *el patio*. Esta es la tercera cubierta y tiene quinientos veintisiete metros cuadrados. Es raro que la haya en catamaranes de dimensiones menores. Según el uso que se le dé recibe el nombre. Puede ser para alojar el puente de mando y el camarote del capitán y el primer oficial. O también puede tener algún camarote para invitados o el propio camarote del armador, como es en este caso. Si no, suele ser utilizada como *sundeck*. En este catamarán, y según para lo qué te refieras, es la cubierta del armador o es la del puente de mando, navegación o gobierno. Cuento con esta zona de popa abierta que hace de terraza semiprivada.

—¿Por qué es semiprivada? —preguntó ella.

—Porque es también área de paso para subir a la cubierta superior; que usualmente denominamos el *flybridge* o simplemente el «Fly», siguiendo la nomenclatura inglesa.

—Me gustan ese sofá con los dos sillones y la mesa que están mirando hacia la popa allá en babor. Parecen ideales para observar el muelle y esa parte de la ciudad, y supongo que en el mar también ofrecen una vista preciosa —dijo ella.

—Así es. Como la borda es de metacrilato transparente no hay nada que impida la visibilidad. Cuando mis compañeros o los invitados están en el agua nadando o en las tablas de windsurf, los veleros o los scooters, este resulta un buen lugar para observar de forma relajada tomando algo.

—Salvo por un pasillo de cubierta por cada costado, como en la principal —observó ella—, esta suite del armador está cerrada de lado a lado, de atrás adelante y de piso a techo por ventanales panorámicos ahumados, como abajo. Pero estos permiten ver hacia afuera y no hacia adentro.

—Es la idea con estos ventanales en los yates. Cuando tienes a otros atracados por los costados te garantiza la privacidad, sin cortinas ni persianas. Todos son de seguridad a prueba de impactos; combinan vidrio templado y laminado y son fotocromáticos. Disminuyen la radiación UV en un 97% y son aislantes térmicos y acústicos, con lo que mejora la temperatura y el ambiente interior. Subamos a la última.

§ §

—¡Un jacuzzi transparente! Es alto como una pileta y bien largo. Esta cubierta es también abierta y grande, con luz por todos lados y vistas sin trabas en los 360°: preciosa. Corre una brisa rica. Puesto de navegación central con asientos para tres, una mesa para diez, más sofás y otro bar con sifón. Como que os gusta la cerveza.

—En las embarcaciones y yates menores, esta última cubierta superior suele denominarse el flybridge, ya que es para ese uso. En muchos super y megayates puede ser para ubicar el puente de mando o bien como sundeck, que suele ser lo más generalizado. Para nosotros es el *Fly*.

—¿Y eso de ahí qué es?

—Una barbacoa —dijo él levantando la tapa.

—Será para un batallón. ¿Qué tanto la usáis?

—Muchísimo, todo el año. A Luis le gusta preparar aquí carnes y pescados, sin que dejen todo el yate oliendo a humo y pescado por todas partes.

—Sí, puedo imaginármelo muy bien; sería horrible.

—Aquí es el sitio informal por excelencia, donde se come estando en bañador o vestido como te apetezca. Para el salón y el comedor principal, la norma es distinta.

—¿Es de etiqueta? —preguntó ella.

—No, para nada. Puedes estar en pantalón corto y camiseta, pero no en bañador ni los hombres sin camisa. Para la cena cambia la norma porque la tenemos como formal. En ella nada de pantalones cortos ni camisetas.

—Está bien saberlo. En estos ambientes náuticos, tú dirás que con cincuenta metros de eslora no es un yate que se considere *grande*. Yo supongo que no al lado de uno de setenta o de noventa. Al menos en cuanto a longitud, porque esos diecisiete de manga lo hacen inmenso en superficie.

—Eso sí, porque para sumar esta misma superficie habitable total en cuatro cubiertas, en un yate monocasco de igual eslora tienes que juntar dos, o irte a los de setenta metros e incluso mayores —dijo Nico.

—Yo nunca he estado en una lancha. Te diré que lo que mis ojos no náuticos han visto aquí y mi cerebro interpreta es un yate enorme, debido a la amplitud, la excelente distribución, la acertada selección del mobiliario y ese estudiado juego de colores. Merece la pena vivir sintiéndose como en el hogar y no como perdida en un buque de crucero.

—Esa fue la idea cuando lo compré, después de seleccionar mucho. Lo quería para vivir en él de manera permanente, como en un amplio penthouse flotante con todo a la mano; pero sin necesidad de veinte tripulantes o más dando vueltas por todas partes, y yo teniendo que encerrarme en mi cubierta para disfrutar de la privacidad que necesito.

—Tienes solo cuatro tripulantes —acotó ella.

—Oficialmente. En realidad, no tengo ninguno.

—¿Cómo que no? No comprendo.

—Porque para mí no son tripulantes. En ningún yate encontrarás a uno sentado en el salón principal. Son mis amigos de muchos años y los considero mi familia. Yo conté con ellos y cuando encargué el yate lo hice con ellos en mente.

—No lo sabía. Ahora comprendo algo mejor la situación. ¿Y eso que cuelga son hamacas plegadas sin palo?

—Esos tres largos son chinchorros sudamericanos. Estos cinco se denominan masallas y en otros lugares son hamacas silla. Son las favoritas entre nosotros para pasar el tiempo fumando como carreteros y meciéndonos o echar una siesta.

—¿Fumando como carreteros? ¿Desde cuándo fumas tú? No recuerdo que lo hicieras —dijo ella.

—Aquí ninguno fumamos. Lo digo porque en esta cubierta y en la del solarío de proa son los únicos lugares donde permito fumar, así sea el rey de España o la reina de Holanda. Quien viole eso lo desembarco a la primera, y si encuentro a uno fumando en el camarote lo lanzo por la borda.

Ella se lo quedó mirando y dijo:

—Un tanto drástico, ¿no? —Se sentó en una masalla y se columpió un poco—. Está muy rica, me gusta la manera en que se mueve y gira. Yo supongo que si hay mal tiempo ni te enteras porque será como si te mecieran.

—Los chinchorros y masallas resultan excelentes para eso, aunque este catamarán tiene una sensibilidad tan baja al balanceo que ni lo notas siquiera. Son ideales para las personas que se marean en barcos.

Ella se posó y se asomó en proa a ver hacia abajo.

—Ahí en la proa es el lugar para tomar el sol que es tan típico de los catamaranes, ¿no?

Nico explicó:

—Sí. Los hay en que esa cubierta es tan grande como un tercio de la eslora. Salvo en los de chárter que necesitan llevar a mucha gente, para privados lo considero un desperdicio. Con tantas zonas descubiertas parece como si lo único que quieren es tomar el sol todo el día. Los usarán para navegar en verano, porque en invierno o con lluvia ya te diré.

—Sí, te entiendo. Es la típica postal de la gente en los hoteles alrededor de las piscinas en las tumbonas, sin hacer nada como focas tendidas al sol. El puro aburrimiento.

—Y en los yates todo el día con los vasos en la mano, ¿no?

—Sí, también —dijo ella—. Nos venden cada idea.

—Esa cubierta de proa es buena para estar al amanecer y al atardecer, según la posición que el barco tenga navegando o fondeado. Tiene un toldo retráctil, porque ninguno de los que estamos aquí tenemos espíritu de teja. En mi trabajo ya tomé bastante sol en mi vida porque no podía evitarlo.

§

—Ese yate va a atracar ahí. ¡Anda! De qué manera gira para ponerse de popa y acercarse al muelle. ¿Todos lo hacen así?

—Esta posición de popa al muelle que tienen todos es la usual en las marinas. Es el atraque Mediterráneo. Dicen que la maniobra resulta más sencilla que de costado. Yo no estoy de acuerdo ni me agrada y se hace porque caben más embarcaciones, como autos estacionados en batería. Los mercantes atracan de lado a lo largo del muelle, como aquel yate allá enfrente en Manoel Island, y es la forma que ofrece la mayor seguridad en los amarres. Las excepciones son los ferris y la mayoría de los buques Ro-Ro, que atracan de popa.

—¿Qué es eso de rorro? —preguntó ella.

—Es la expresión inglesa para indicar que transporta carga que entra y sale rodando: *Rol on-Rol off cargo vessels*.

—Como que en este medio se usan muchas expresiones inglesas. Ese yate que atraca es grandecito, ¿cuál es, lo sabes?

—Ese es un Azimut Grande de treinta y cinco metros.

—Son quince menos que este, pero... No sé, a mí me luce como una lancha grande.

—Es un diseño de concepto distinto —dijo él.

Ella volvió su atención hacia adentro.

—Y esto que está cubierto con el forro ¿qué es?

—Son dos máquinas elípticas para correr —mostró quitando el forro—. No hay impacto y, si tienes lesión de rodilla, es mucho mejor para correr que en una de cinta usual. Luego de considerar diversas alternativas de equipamiento nos decidimos por estas. Para lo demás tenemos las versátiles correas TRX, las mancuernas de dos, cuatro, seis, ocho, diez y doce kilos y esas bandas elásticas de diversos colores, grosor y longitud que ofrecen distintas resistencias. Bajo ese cojín están las esterillas y las mancuernas.

§

—Estos del techo y que están por todas partes, supongo que son paneles solares, ¿no?

—Sí, son el corazón de nuestro sistema eléctrico, porque extraemos del sol la energía necesaria para que funcione todo y es preferible que nos sobre. Lo deseable para que los paneles produzcan la mayor cantidad de electricidad posible, es que la luz solar incida perpendicularmente sobre ellos. Al amanecer y atardecer no sirven para nada cuando están horizontales. A medida que el sol asciende, como a media mañana entran en juego esos paneles aquí abajo, colocados alrededor del cintillo de lo que es el piso de esta cubierta y techo de la suite del armador. Si te fijas, no es vertical, sino que se encuentra inclinado en unos ciento treinta grados.

- No me había percatado del detalle —dijo ella mirando.
- Ya para el tránsito cenital del sol por encima de nosotros, tal como está ahora, están los demás que se encuentran colocados horizontalmente en el techo.
- Supongo que disminuirán mucho los inclinados.
- Sí, perdemos una buena parte de la capacidad de captación de los inclinados. El problema real está cuando el sol se encuentra más bajo en las últimas horas de la tarde y, principalmente, en las primeras horas de la mañana.
- ¿Por qué motivo?
- Porque si no tienes un banco de baterías con una capacidad adecuada, luego de toda la noche puede que estén muy bajas y, si vas a salir a navegar con motores eléctricos, podrías necesitar el auxilio de los generadores.
- Ya, claro.
- Nosotros no tenemos ese problema y podemos aguantar toda la noche y más con el alumbrado completo, cocina y todos los servicios de hotel y el aire acondicionado a tope. Sin embargo, hemos solucionado lo del sol bajo, porque es una pena desperdiciarlo, aunque sea poco. A esta cinta de paneles que sobresalen del techo y están horizontales los denominamos girasoles. Tienen un sistema hidráulico y sensores de luz. A medida que el sol vaya descendiendo en la tarde, los paneles irán bajando y mantendrán una inclinación perpendicular. Durante la noche quedan verticales y forman una visera alrededor. Son los encargados de recoger los primeros rayos del sol en las mañanas y los últimos en la tarde.
- Me parece una solución inteligente —dijo Elisa.
- La idea es que siempre haya paneles que estén lo más perpendiculares posible a la incidencia de la irradiación solar. Algunos yates lo solucionan con generadores eólicos.

—¿Y esos gruesos cilindros verticales que están vibrando?
¿Son alguna clase de antenas?

—No, son molinos de viento sin palas o molinos de vórtice. Generan energía eléctrica con el viento mediante vibración resonante. Resultan muy eficientes, carecen de un generador y partes móviles que se dañen o desgasten y están libres de mantenimiento. Con ellos como suplemento y con los paneles solares no necesitamos conectarnos a la energía eléctrica de tierra, ni tenemos los motogeneradores encendidos. Somos autosuficientes por completo.

—Con razón me resultaba extraño no sentir vibraciones ni ruido. El silencio es total.

Φ

CAPÍTULO 4

Un pianista, un buen café y una gran amistad

Descendieron a la cubierta principal. Luis y Federico se habían cambiado de lugar y estaban sentados ahora en el sofá del *patio* conversando. Echado al inicio de la escalera de embarque en el lado de estribor, el perro observaba la gente en el muelle y por la calle contigua.

—¿Ahora sí lo has visto todo? —preguntó Luis.

—Creo que sí —dijo ella—, aunque no soy marinera y no sé qué más podría faltar. La sala de máquinas, creo.

—En este catamarán no hay sala de máquinas.

—¿No? ¿Y cómo navega si no tiene velas?

—Remamos entre todos.

Ella soltó la carcajada también.

El perro levantó la cabeza y se puso de pie. Movi6 su larga cola al ver a una muchacha que se acercaba, y dio unos alegres ladridos de aviso. La joven, de unos veinte años, llevaba una mochila a la espalda y cruz6 la pasarela con la soltura de quien lo ha hecho toda su vida, subi6 y dijo como saludo:

—Ya llegué.

—Hola, hija —dijo Federico dándole un beso.

—Llegas muy bien. La comida est6 lista y en veinte minutos comemos —dijo Beca besándola también.

Nicol6s present6:

—Margui, ella es El6sabet. La tenemos como invitada.

La joven le dio la mano.

—Hola, Elísabet, es un placer conocerte.

—Gracias. Puedes decirme Elisa, que el Elísabet me suena demasiado formal. Ese es solo para las cosas oficiales y para los hombres que no conozco o quiero mantener distantes.

La joven aumentó la sonrisa.

—Suelto la mochila, me lavo las manos y estoy lista.

Entró al salón y fue hacia su camarote en estribor.

Beca dijo a Elisa:

—Si te quieres lavar puedes usar el baño auxiliar.

—Gracias —dijo ella.

§ §

La regia y llamativa mesa rectangular era para catorce comensales, con cinco sillas en cada lateral y dos en las cabeceras. Elisa quedó esperando a que le indicasen algún puesto en particular o a que ellos se sentaran. Nico se colocó en una silla de una cabecera. Luis iba a retirar la silla que estaba junto a él en el lado largo. Captó la mirada y el movimiento de cabeza de Beca indicándole que no. Nico le dijo:

—Luis, tú hoy como que estás buscando caminar por la plancha con una bala de cañón sujeta al cuello. —Federico, Beca y Margui echaron a reír. Luis sonrió y se sentó en la otra silla al lado. Nicolás señaló—: Elisa, después de tantos años eres mi invitada para algo más que un desayuno en la cafetería. Por favor, ¿me quieres hacer el honor?

Fede, Beca y Margui se colocaron en los tres puestos contiguos en el otro lado. Se sentaron y cada uno se fue sirviendo de las fuentes que se encontraban acomodadas en la mesa, al alcance de todos. Ella solo miraba su plato.

—¿Qué pasa, Elisa? Puedes servirte libremente y con toda confianza —dijo Beca.

—Es que estos platos con tales dibujos, colorido y brillo son tan bellos que me da no sé qué. Esta vajilla es preciosa, espectacular. Yo no había visto otra con esos diseños intrincados y tan bien logrados.

Nico dijo:

—No la encontrarás en el Corte Inglés o en Harrods ni la verás en tiendas náuticas ni en ninguna otra. Es cerámica de Talavera realizada por encargo, fabricada y pintada a mano según el método tradicional y cada pieza es única.

—Sería muy lamentable que se rompiera alguna pieza.

—Yo soy de la misma opinión. Por eso, aunque está prevista para catorce personas, yo encargué quince servicios.

—¿Solo por si se rompe alguna pieza?

—También es porque cuando hay niños se utilizan platos y fuentes adicionales para el servicio de mesa. O cuando doy alguna recepción con bufet. Tampoco sería un drama el que se rompiera alguno, porque con enviar la foto a la fábrica en Talavera, ellos guardan los datos y fabricarían la pieza sustituta. Aunque es un proceso que lleva su tiempo y es por eso por lo que preferí ser previsor y cubrirme.

§

—¿Cuándo son los exámenes? —preguntó Luis.

—Del cinco de junio al siete de julio —dijo Margui.

—¿Qué estás estudiando? —le preguntó Elisa.

—El Bachelor of Engineering in Electrical and Electronic Engineering, en la Universidad de Malta. Son cuatro años y estoy finalizando el segundo semestre del primero.

—¿Y cómo vas?

—Va excelente —dijo Nicolás—. Es una carrera para grado de honor, y estamos seguros de que ella cumplirá de sobra con las metas para ganárselo.

—¿Vas a estudiar el fin de semana? —preguntó Federico.

—No, papá; faltan quince días aún y voy a descansar. ¿No vamos a salir a navegar?

—Sí, por eso mismo es que te lo pregunto.

—Mañana viernes tengo solo dos clases en la mañana.

—¿Y tus compañeras en el apartamento?

—Dijeron que estudiarán algo. Pero van bien y tampoco piensan matarse mucho. Ya sabéis que ninguna somos amigas de trasnochar estudiando. Lo único que se logra es embotarse y luego, a la hora del examen, no te acuerdas de nada. Ellas no dejarán de salir a divertirse en la noche.

—Hacen bien —le dijo Luis—. Bastante estudiáis todo el año. Terminas un semestre y, casi sin pausa, al otro. Y en este, unas cortas vacaciones de verano y a comenzar el próximo.

§

Finalizada la comida, Elisa ayudó a Beca y a Margui a retirar la mesa y a llevar todo para la cocina, que estaba a unos pasos. Las otras guardaron la comida que no se consumió, metieron lo sucio en el lavavajillas y, actuando de una forma bien orquestada las dos, en un momento quedó todo recogido y la cocina despejada.

—Así da gusto —comentó Elisa—. No se parece en nada a la cocina de mi casa, que nos tiramos una hora fregando.

Beca dijo:

—En este catamarán está todo pensado y diseñado para lograr la eficiencia, y Nico lo ha llevado a un nivel todavía superior, ya lo verás.

Federico y Luis se acomodaron en un sofá de la sala, este bebiendo un whisky. Beca se sentó pegada a su esposo.

Margui se puso a tocar el piano y Elisa comentó:

—Conque tú eres la pianista.

—Ya ves. Yo soy la que amenizo las veladas.
—Eso es muy saludable para ti.
—¿Y eso por qué?
—Porque en los tiroteos en los salones del Lejano y Salvaje Oeste estaba prohibido disparar al pianista.

Margui soltó la carcajada y dijo:

—Es bueno saberlo. Me cuidaré de las balas perdidas.
—Tocas bien. ¿Cuánto tiempo llevas?
—Son cinco añitos ya. Desde que estoy en Malta voy a clases dos horas diarias, tres veces a la semana.

—Resulta más que suficiente. Me llama la atención esa bellísima pecera allá abajo. Es muy grande. Si tendrá el tamaño de una pantalla de televisión de sesenta pulgadas o más.

Estaba a un metro del piso en el mamparo de babor de la entrada del salón. Separados por un pasillo estaban el sofá y los dos sillones que le daban la espalda. Elisa añadió:

»El agua tiene una transparencia asombrosa y hay cantidad de peces de colores y formas muy diversas. Ha de requerir de mucho mantenimiento.

—Sí, encender la pecera y apagarla —dijo Luis.

En el piano, Margui rio entre dientes.

—¿Cómo que encenderla y apagarla? —preguntó Elisa.

—No es una pecera real, sino una pantalla de 4k con una proyección tridimensional —aclaró Nico.

—¿Cómo eso va a ser una...? Elisa se acercó hasta allí y la miró bien—. Si incluso desde aquí se ve real y suena el agua. ¿Esas rejillas al nivel del piso no son para que ventile?

—No —dijo Nico a su lado—. Ahora es una pecera. En invierno es un rojo hogar con los leños encendidos y crepitando, y por esas rejillas sopla el aire caliente. Es una calefacción decorativa eléctrica auxiliar para esa parte del salón.

—Aquí en el central está la otra —dijo Margui—. Esa presenta bellas llamas realistas que danzan de una manera hipnótica y caliente este otro lado.

—Qué práctico y bello. ¿Y una pecera real no era mejor?

—Tuve peceras y me producían mucho sosiego, pero me daba lástima cuando los pececitos morían —dijo Nico.

—Ya, claro. Qué techo tan bello. ¿Y ese letrero sobre el bar? No me había fijado. Parece también un plato de Talavera.

Se acercó allí para leer lo que decía y su carcajada se extendió por todo el salón y salió a cubierta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Luis.

—El que vino a este bar y no bebió vino,
¿a qué coño vino? —leyó ella.

—Pues es algo muy español.

—Lo será, pero nunca lo había escuchado. ¿Y dónde está el vino? Porque en el bar no lo veo.

—Porque no has mirado detrás —dijo Luis acercándose—. Estas dos son las cavas climáticas para vinos. Tienen dos zonas de temperatura según el tipo de vino que sea. Cada una tiene capacidad para treinta botellas.

—Pues sí que estáis surtidos en vinos: están llenas.

—Deja que veas las bodegas abajo; queda para dos años.

—¿Bebéis tanta cerveza que la tenéis de sifón?

—Siempre está fría y como es del tipo 0% alcohol es buena para refrescarnos, sin importar cuánta tomes; sobre todo, en el calor del verano. Usamos los barriles comerciales de veinte litros. Nos resultan más prácticos y no generamos residuos.

§ §

—Elisa, ¿vienes un momento? —le pidió Nicolás. Ella lo siguió hacia la cubierta de popa y se sentó a su lado en el sofá. Él dijo—: Sobre el escritorio en la oficina hay una pantalla

y un teclado; es un ordenador integrado y hay también uno portátil y una tablet. Puedes usar cualquiera para lo que necesites, ya que te entendí que el tuyo era tu herramienta de trabajo. Utiliza este teléfono móvil; toma, porque supongo que tendrás que hacer algunas llamadas para resolver la situación. No tengas reparos, ¿eh? Puedes hacer uso de la oficina todo lo que quieras si necesitas privacidad, o sentarte con el portátil en el salón, en la terraza, arriba en el flybridge o donde te apetezca más, que nadie te molestará, salvo Pinky.

—Te lo agradezco mucho porque sí que tengo unos cuantos asuntos perentorios que resolver, y cuanto antes lo haga será mejor. Necesito revisar la cuenta del banco. Quiero verificar que el cabrón ese no haya metido la mano tirando de tarjetas, antes de que el banco las bloqueara. Y necesito avisar a mi hermana en Madrid para que cambie el cilindro de la cerradura. Que no me había dado cuenta de que también se llevó mis llaves.

—Es una buena medida.

—¿Cómo pude ser tan ingenua con ese tipo? No logré ver la realidad de lo que era. Por si uno no hubiese sido poco.

Para distraerla de aquel tema, él le preguntó:

—¿Qué camarote te gustó más para esta noche?

—¿Puedo elegir uno de los dos de proa?

—Por supuesto.

—En ese caso, me agradó la decoración del de estribor.

—Pues considéralo tuyo y puedes desempacar.

—Vale, gracias por todo lo que me estás ayudando.

—Está resultando un placer inesperado. Yo te dije que no quería meterme en tu vida privada y tú dijiste que...

—A menos que luego pretendieras ir más allá y profundizar. Lo recuerdo bien —lo interrumpió ella.

—Sí, eso mismo.

—Pero ahora hay algo que quieres saber, ¿no es eso? Lo considero normal.

—No tienes por qué decirlo —dijo él.

—¿Qué es?

—Cuánto tiempo tenías con el desgraciado mal nacido que te robó y abandonó de tal manera a tu suerte.

Ella exhaló de forma un tanto sonora y respondió:

—Cinco meses. La segunda peor elección de mi vida.

—Te ha hecho pasar por una situación sumamente desagradable y traumática —dijo él.

—Sí, ambas cosas. Aunque, en este momento, doy la situación por buena, después de todo.

—¿Eso por qué? ¿Qué sacas de bueno en ello, Elisa?

Ella volvió a mirarlo hasta el fondo del alma y dijo:

—Nicolás, si tú no hubieras aparecido de aquella manera y si tampoco me hubiesen ayudado en la Embajada, estaría llorando por algún rincón. Esta noche llegaría a la desesperación buscando dónde meterme, si acaso no me daban una mano en algún lugar de beneficencia. Eso sí que hubiera llevado la situación a unos niveles desesperantes. Pero gracias a ese ladrón desgraciado fue que te encontré, o quizás ni nos hubiéramos cruzado en esta pequeña isla.

—Una cosa más. ¿Qué te hizo bajar tus defensas, allá en la cafetería, dejar de mirarme como al tipo que intentaba ligar aprovechándose de la situación, y prestarme atención?

—Aún no estoy segura de tener la respuesta. Fue una suma bastante compleja de sentimientos y de sensaciones. Mi suspicacia se puso a flor de piel en cuanto tú comenzaste a hablar. Que la alarma de incendios cesara y me fuera relajando, luego de que te sentaste, fue debido al camarero. El hecho de

que él te conociera y supiera lo que querías dejaba claro que eras un cliente habitual, y me indicó que, en efecto, tú ibas buscando una mesa y no que te estabas aprovechando de la coyuntura de lo que apreciaste en mí. Aunque me parece que puedo circunscribir mi relajación y confianza al instante en que te quitaste las gafas de sol.

—¿Por qué motivo?

—Nicolás, en aquel momento y como tú lo dijiste, yo hubiera querido tener unas gafas oscuras para ocultar mi dolor y mi llanto. Tú no tenías nada que ocultar ante mí y por eso te las quitaste. Me diste tus ojos y a través de ellos la verdad que había en tu mirada, en tus palabras y en tu ofrecimiento sincero, muy sincero: ese fue el instante.

—Gracias —dijo él levantándose—. ¿Puedo pedir un favor?

—Por supuesto.

—¿Te importaría llamarme Nico? Es que, a estas alturas, el Nicolás es demasiado formal, solo para las mujeres que no conozco o quiero mantener lejos, y para los asuntos oficiales y quienes me dicen el respetuoso don Nicolás.

La sonrisa de ella fue bien ancha.

—Por supuesto, Nico.

—Gracias. Sonó mucho mejor. Me hizo recordar cuando estábamos en aquel curso de Photoshop.

Ella dijo:

—Qué curioso. ¿Cómo has llegado a esa asociación de hechos, en este momento? Que yo recuerde, todos en el curso te decíamos Nicolás.

—Lo de Nico surgió aquí en Malta. Me lo puso una amiga como diminutivo. Aunque el Nicolás es bien conocido y tienen una iglesia de ese santo, a la gente le agrada el Nico por causa del nombre italiano y el Nikos griego, que aquí tienen

bastante calado. Yo creo que, a estas alturas, ya todos los conocidos me llaman Nico y es el que suelo decir. El motivo de la asociación de hechos con el lejano curso aquel, que nunca olvidé, yo no sé a cuenta de qué ha venido en este momento ni por qué; pero fue lo que recordé. Quizás lo encuentre en algún momento o quizás es por esa sonrisa y esa actitud que tienes ahora, que es la que recuerdo más. Fue por eso mismo que, al verte allá en La Valletta, supe que algo gordo te sucedía, porque aquella no era tu actitud normal.

—Gracias, Nico, por conocerme tan bien. Oye, y esas dos grandes cosas anaranjadas raras con una cruz blanca que están en la borda a cada costado, ¿qué son?

—Esos son un par de rápidos drones salvavidas del modelo Dolphin de Oceanalpha. Se sacan de ahí, se lanzan al agua y se dirigen mediante ese radio control con alcance de señal de quinientos metros. Pueden desarrollar hasta doce kilómetros por hora en mar tranquila y no importa el oleaje. La persona que se encuentre en el agua se agarra sobre él y la traemos de vuelta: rápido, simple y eficiente.

—¿Y si no está consciente o no se puede agarrar?

—En esos casos no sirve. ¿No has leído ese letrero que está aquí en el acceso de estribor, junto al área de zapatos?

—¿Hay un letrero? ¡Ah, pues sí! Cuando crucé la pasarela y subí venía tan asombrada mirando hacia adentro que no me fije. Está en español e inglés.

*Por favor, deja aquí tus zapatos
junto con tus tristezas y amarguras.*

»Está muy ocurrente.

—¿Te parece? ¿Y qué dices de ese otro de ahí arriba? Es lo primero que se ve —preguntó él.

—Pues no, tampoco lo vi.

*Hace un día precioso.
Verás como viene alguien y lo jode.*

La risa de ella volvió a saltar y se enroscó en todas partes. Pinky ladró alegre y Nico dijo:

—Es muy agradable escuchar esa risa; la echaba de menos. No la pierdas jamás ni me la escatimes.

Él fue hacia el camarote y ella quedó muy sonriente mirándolo subir las escaleras.

Alguien más, sentado en uno de los sofás del salón, había estado observando con interés creciente y sonrió también.

§ §

Era más de media tarde cuando Elisa salió de la oficina. En el salón sonaba música instrumental y encontró a Beca sentada en el sofá de babor, de espalda al comedor y el ventanal en ese costado. Leía un libro y tenía una taza en la mano. Su hija Margui estaba en la cocina.

—Esto está muy tranquilo —comentó Elisa.

—Suele ser así —dijo Beca—, a menos que esté Luis, que suele hablar fuerte y siempre tiene un chiste y alguna anécdota. La pasamos bien con él. Me hace reír con sus ocurrencias. A mi esposo y a Nico no se les escucha casi.

—¿Te apetece un café, Elisa? —preguntó Margui—. Hice el de mamá y estoy a punto de preparar el mío.

—Pues sí, me vendría bien —dijo ella.

Se sentó en un taburete en la barra americana de la cocina, que hacía de superficie de trabajo y de mesón para comidas informales. La cafetera de pulido acero inoxidable estaba en una esquina, asequible por ambos lados.

—¿Cómo lo vas a querer? —preguntó Margui.

—¿Puedes hacer *latte macchiato* en ella?

—Lo que quieras. Esta máquina tiene depósito para dos granos distintos. Tenemos uno natural más suave y otro que resulta más fuerte y suele ser el preferido para los desayunos, que con eso nos espabilamos. ¿Qué tipo de café prefieres?

—Para esta hora probaré el suave.

—Seleccionamos ese. En el panel de control no tengo más que pulsar el botón para el tipo de café que quiero obtener, y la cafetera se encarga de moler el grano que seleccioné y de sacar la cantidad precisa; dosifica el agua y mezcla la extracción y la leche del depósito, según la proporción que corresponda y la temperatura adecuada. Para mí un *cappuccino*.

Margui agarró dos vasos de cristal con doble pared. El más alto, para el café de Elisa, lo colocó en la máquina debajo de las dos salidas del filtro y de la salida de la leche. Ordenó:

—*Angee*, extracción para un *latte macchiato*.

Beca soltó reír. Elisa preguntó:

—¿Tiene comando de voz y todo?

—No, es parte del juego. Tengo que apretar el botón.

—Si serás bromista. ¿Y tiene nombre propio?

—Le decimos *Angee*. Le da personalidad —dijo Margui.

Pulsó un botón y la máquina realizó el molido del grano, el mezclado de la leche con el café espresso y la crema, en las capas y en el orden que correspondían a aquel tipo de café. Luego, Margui preparó el cappuccino de ella y explicó:

»Guardamos en la nevera el depósito de la leche, vaciamos la cazoleta del filtro y le damos un enjuague con el chorro de vapor; otro para limpiar las boquillas y listo: finalizado.

—Chica, si has dibujado una flor con la leche y la espuma; eres toda una experta con esa máquina —dijo Elisa.

—Sí, es parte de mis estudios extracurriculares: ya puedo salir a buscar trabajo de barista.

Su madre y Elisa echaron a reír.

§

Con sus humeantes tazas de café, las dos fueron a sentarse cerca de Beca. Elisa dijo:

—Yo tomo el café en taza porque me gusta caliente y en vaso me suele quemar los dedos. Estos con la doble pared térmica son magníficos, se ve precioso el café con las distintas capas, da una mejor sensación y resulta más apetitoso. No necesitan asa porque no queman. Ni se siente el calor.

—Esa es la idea —dijo Margui.

—Los *mugs* sí que tienen asa porque al ser más grandes y gruesos se hace más cómodo sujetarlos por ella —dijo Beca.

—¿Esa cafetera venía con el barco?

—No. Ella, el robot mix ayudante, ollas, sartenes, vajillas, cuchillería, cubertería y utensilios; así como la ropa de cama, la lencería y demás los compramos nosotros. Un par de meses antes de que nos lo entregaran nos entretuvimos en eso.

—¿Y dónde están los hombres, arriba en el Fly?

—No, salieron a buscar unos grilletes y amortiguadores de amarre que habían encargado —dijo Beca.

—¿Qué cosa es un amortiguador de amarre?

—Es un dispositivo que se coloca en los cabos de amarre, y que hace de amortiguación cuando se tensan y aflojan ante las subidas y bajadas del buque por efecto del oleaje. Si está tranquilo como aquí ahora no son necesarios. Pero con mar fuerte y marejadas resultan muy útiles. Si hay tirones, absorben las tensiones extremas y previenen la rotura del cabo de amarre, que podría ser un gran problema. Varían de acuerdo con el tamaño y el tonelaje del yate, aunque tienen un límite. Algunos son de gomas duras y otros son resortes.

—Creo que ya lo capto —dijo Elisa.

Beca dijo:

—Si te fijas en los cabos que nos sujetan al muelle, verás los amortiguadores colocados en el extremo de cada línea, y entonces lo captarás mejor.

—Tengo mucho que aprender de náutica. Bueno: todo. Os diré que ya tengo ganas de dormir en ese camarote. Me tiré sobre la cama. Ha de ser una experiencia fabulosa.

—Lo es —dijo Margui—. El silencio es total y, por alguna razón que aún no he logrado definir, resulta muy relajante dormir en ellos. Yo descanso como en ningún otro sitio.

—Y la experiencia es aún mejor cuando se está fondeado en algún lugar con oleaje suave —añadió Beca—, y desde la cama observas el mar y casi sientes la brisa en la cara.

—Ya nos contarás mañana. En cuanto pases unos pocos días a bordo vas a querer volver —dijo Margui.

—O no querrás marchar.

§

—Yo no quisiera parecer una entrometida —dijo Elisa—, es solo que vosotros...

—Que tienes curiosidad. Es normal, dada la situación que encuentras. No tengas reparos en preguntar lo que quieras.

—Me tiene intrigada la relación que tenéis. ¿Cómo fue que terminasteis en este yate y aquí en Malta con Nico?

—Mi esposo y Nico son capitanes de altura. Luis fue maquinista, que es como llaman en su jerga a los que trabajan en las salas de máquinas: los de ingeniería. Él se desempeñó como Jefe de Máquinas durante bastantes años.

—Yo no sabía que Nico era también capitán de altura. En realidad, no me ha dicho nada sobre él. Lo vi ahora en la oficina, que están enmarcados los títulos de los tres y él tiene unas condecoraciones. ¿Se conocieron navegando?

Beca dijo:

—Son compañeros de estudios. Los tres se conocieron en la Universidad Marítima Internacional de Panamá. Fede y Nico coincidieron juntos en el ingreso y Luis ya estaba en el segundo semestre.

—¿Allí? Pensé que habían estudiado en España. ¡Uf! Qué de vueltas da la vida.

—Nico y Fede ingresaron con dieciocho años. Fede es cinco meses mayor. Hicieron la Licenciatura en Ingeniería Náutica en Navegación, que es conocida como la especialidad de cubierta. Luis se había ido por la Licenciatura en Ingeniería Náutica en Maquinaria Naval, o especialidad de máquinas como ellos le dicen en su medio náutico. Luis se graduó un semestre antes y embarcó en una importante compañía de buques tanqueros de bandera panameña. Fede y Nico se graduaron juntos y lograron embarcar pronto. Nico lo consiguió en el mismo buque en el que estaba Luis, y Fede lo hizo en un petrolero de otra compañía.

»Años más tarde, estando Nico como primer oficial, el capitán iba a ser trasladado a otro buque y a él lo ascenderían. El que estaba de segundo oficial no tenía la experiencia necesaria para el cargo de primero, y Nico avisó a Fede de que la empresa necesitaba cubrir el puesto y que él lo había recomendado. Fede dejó la compañía donde estaba como primer oficial, y se presentó porque era un salario mejor y también por Nico. Luis era el primer maquinista y fue así como los tres navegaron juntos y consolidaron aquella buena amistad por muchos años. Fede se separó de ellos cuando, menos de tres años después, le dieron el comando de otro buque de la misma empresa. Nunca perdieron el contacto, porque todos vivíamos en Panamá y nos visitábamos.

§

—Beca, si Nico puede ser perfectamente el capitán de su propia nave, ¿por qué lo es tu esposo?

—Por algo como lo que te está ocurriendo a ti, en cierta manera y con sus bemoles. Yo conocía a Fede desde joven, ya que estudiamos en el mismo colegio en Madrid; me lleva siete meses. Nos enamoramos y para mí fueron duros esos años que él estuvo estudiando fuera. Nos veíamos en vacaciones.

—Ya, puedo figurármelo —dijo Elisa.

—Él se graduó y comenzó a navegar. Fue un primer año completo. En sus vacaciones nos casamos en Madrid. Yo tenía veintidós abriles. Fuimos a vivir a la capital panameña porque nos venía mejor, y era donde Nico y Luis estaban residenciados también. Allí fue donde los conocí. Como ves, tenemos una amistad de toda la vida. Estuvimos en Panamá durante nueve años y decidimos regresar a Madrid con nuestros hijos. Margui tenía tres añitos apenas y se acuerda de muy poco de allí. Elisa, quince años se dicen rápido; pero cuando estás casada con un marino al que solo ves una o dos veces al año, durante sus vacaciones, se hacen muy largos y nada agradables. Los hijos crecen tan aprisa y lo hacen casi sin la figura del padre al lado.

—Ya. Puedo hacerme cargo. ¿Qué otros hijos tienes?

—Marcos, que tiene veintitrés años y trabaja en Madrid. Pues, como te contaba, hace nueve años, en el 2012, luego de casi dieciséis navegando se separaron los tres. Nico pasó a un astillero de construcciones y reparaciones. Luis se dedicó a las inspecciones de buques y la investigación de accidentes como Marine Surveyor.

»Fede seguía en la misma empresa, en los supertanqueros en las largas y poco tranquilas rutas entre el Medio Oriente,

Australia y Japón, y las larguísimas a Sudamérica y Estados Unidos. Tanto él como yo estábamos ya cansados de tanta separación. De modo que, un año después, él lo dejó y con la liquidación y los ahorritos que teníamos agarramos una papelería en Madrid, que traspasaban por jubilación y que era adecuada para ser atendida por nosotros dos sin necesidad de empleados. La cosa no nos iba mal, aunque tampoco se podía decir que fuera viento en popa. La caída de ingresos de Fede como capitán a los netos que estábamos obteniendo con la papelería fue importante. Ya tú sabes lo que implica ser autónomo en España.

—Vivo el drama porque yo también soy —dijo Elisa.

—Si el piso no hubiese sido propio y libre de hipotecas, con los beneficios netos de la papelería hubiesen alcanzado apenas para pagar el alquiler del local y el piso o la hipoteca, colegios y cubrir los gastos más básicos; nada más. Sin lujos ni mucho menos largas vacaciones en Mallorca. Pero estábamos juntos los cuatro y eso nos compensaba.

—Sí, puedo entenderte.

Beca prosiguió contándole:

—Cuatro años después, al aumentar los gastos por el ingreso de Marcos en la universidad y por otros motivos. Fede intentó conseguir un trabajo y no lo logró. De modo que, para mejorar nuestros ingresos con el negocio, él se puso de chofer para Cabify en los fines de semana, con unos horarios demolidores, prácticamente todo el día detrás de un volante.

—Sí, lo sé; tengo algunos conocidos que trabajan en eso.

—Fede estaba considerando seriamente volver a Panamá, donde él tenía muy buenos contactos y contaba con mejores oportunidades laborales en tierra, dentro de su especialidad. Luis le informó que una empresa naviera estaba buscando

a un capitán con experiencia en tanqueros, para cubrir un cargo en su departamento de operaciones. Fede envió el currículum. Si se lo daban agarraríamos los trastos y nos largaríamos. Como Margui tenía que terminar el último año del bachillerato, Fede iría delante y yo me quedaría hasta que ella terminase. Marcos no estaba dispuesto a dejar la universidad y marchar, porque le representaba un trastorno.

»Si ese trabajo no se daba, Fede iría a Panamá para hacer gestiones para un puesto como práctico del canal o en otros trabajos, que siempre es mejor realizarlas personalmente, si es posible.

—¿Y se os dio? —preguntó Elisa.



CAPÍTULO 5

Un largo fondeo y decisiones inteligentes

—Estábamos esperando por la respuesta de la naviera y fue cuando, hacia mitad de año, Nico nos llegó como un aro salvavidas. Ni eso, como un gran bote *free-fall* naranja que te aparece al lado en medio de un mar bravío, cuando ya estás helado y agotado de mantenerte a flote —dijo Beca.

—¿Qué fue lo que hizo él, Beca? —preguntó Elisa.

—Nos invitó a comer y preguntó a mi esposo si le gustaría volver a navegar. Fede dijo que no y Nico preguntó: *¿Y si es como capitán de mi yate?* Fede le dijo:

—Nico, si tú lo que tienes es un velero catamarán de cuarenta y cuatro pies.

—No, ese lo vendí y me están construyendo uno de motor con cincuenta.

—¿Seis pies más? ¿Qué capitán vas a necesitar para eso?

—No, pies no: cincuenta metros. Es grande.

—Mi esposo quedó con el tenedor en el aire, sin estar seguro de si aquello era una broma o si era que iba en serio.

Elisa dijo:

—No era para menos. Por lo que estoy viendo, Nico tiene una manera muy particular de abordar ciertos asuntos.

—Nos contó que quería retirarse, vivir en un yate para ir donde quisiera con la casa a cuestas y no hacer nada. Que ya había comenzado los contactos para obtener el catamarán.

Fede le preguntó para qué necesitaba un capitán, si él mismo lo podía navegar. Nico le dijo:

¿Me quieres poner a hacer guardias y trabajar?

¿No acabo de decir que no quiero hacer nada?

¿Qué entiendes tú por nada?

—Él y sus salidas; cuánto me encantan y me hacen reír. Asumo que Fede aceptó, puesto que estáis aquí —dijo Elisa.

—Él preguntó dónde pensaba navegar. Nico dijo que se quería centrar en el Mediterráneo. Que una buena parte del tiempo estaría fondeado en algún lugar tranquilo con aguas cristalinas, en completa vagancia, o atracado en marinas en distintas partes.

—¿Y lo habéis hecho?

—Lo hemos hecho muchas veces —dijo Margui—. El fondeo más largo en un mismo sitio fue cuando lo del confinamiento inicial por el coronavirus SARS-CoV-2, el Covid-19.

Elisa preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que hicisteis?

—Nos enteramos de que en muchos países estaban decretando un estricto y largo confinamiento domiciliario de la población, con limitación a la movilidad interna y el cierre de los aeropuertos y puertos, sin movimientos de naves comerciales ni de recreo. Aquí había bastantes yates. Teníamos pegados por ambos lados a otros más grandes que este, y decidimos salir a fondear en un lugar tranquilo en aguas maltesas. Nos aprovisionamos a tope y para nosotros cinco nos daba para más de seis meses.

—¿Dónde fue el fondeo?

—Inicialmente, Nico y Fede pensaron en Filfla. Es un islote pequeño y apartado de este archipiélago maltés. Está situado a unos cinco kilómetros al suroeste de esta isla y tiene una

superficie de seis hectáreas. Es semiárido y de piedra caliza, con acantilados de sesenta metros de altura y difícil acceso. La parte superior es una meseta. Luego averiguaron que en 1980 se había convertido en una reserva para aves porque allí anidan cuatro especies marinas, y se establecieron muchas restricciones para el acceso y uso. Ahora se requiere un permiso especial para estar en sus aguas y para acceder a él. Al parecer, solo se concede a los científicos y a personas con fines de estudio de esa fauna y educativos. Eso lo descartó por completo para nuestros propósitos.

Margui añadió:

—El sitio es muy tranquilo y nosotros no queríamos acceder al islote, sino solamente fondear en sus inmediaciones, que son aguas abiertas. Pero no había tiempo para las explicaciones al Ministerio de medio ambiente, cambio climático y planificación. Para cuando ellos lo hubiesen avaluado habría terminado ya el confinamiento. De modo que consideramos otras opciones más inmediatas y en aguas más protegidas.

—¿Y dónde terminasteis? —preguntó Elisa.

—Fondeamos metidos en la protegida y tranquila bahía de Dwjera. La llaman laguna, ya que queda casi cerrada por el islote de Fungus Rock que deja dos entradas a cada lado. Es pequeña y tiene una forma bastante circular con un diámetro promedio de unos trescientos treinta metros: perfecta para uso privado. Nos vino muy bien.

—¿Dónde queda eso?

—Al oeste de la isla de Gozo. El islote es alargado y tiene menos de ciento cuarenta metros de largo por unos ochenta de ancho y sesenta de altura. Todo el borde de esa laguna tiene más o menos ese promedio, por lo que como fondeo resulta un lugar muy protegido y seguro. El nombre de ese islote es

Il Ġebbla tal' Ġeneral que en maltés significa la Roca del General y tiene su historia.

»Durante el verano suelen haber lanchas y yates fondeados porque es un sitio tranquilo para el buceo. El resto del año es un lugar apartado y que no suele ser visitado. Lo más cercano es Saint Lawrence, a un kilómetro tierra adentro, y es quien tiene la jurisdicción sobre el lugar —dijo Margui.

»Aquí hay otra mentalidad bastante distinta a la española y, al final, las autoridades apelaron a la responsabilidad ciudadana y solicitaron un autoconfinamiento voluntario, sin una rigidez prusiana persecutoria penal. No había policías en calles y playas cazando a la gente. Primero, porque casi no hay policías en Malta. Luego, porque quien necesitaba salir a comprar algo lo hacía respetando las normas que se aconsejaban. En los yates no precisaban ni salir siquiera, porque con hacer los pedidos a su *ship chandler* habitual se los llevaban a bordo. Hubo yates de bandera extranjera que prefirieron ir a sus puertos de residencia, como algunos italianos y franceses. La mayoría permanecieron aquí.

—Quizás llegaste a escuchar que hubo cientos de miles de buques entre mercantes y de recreo, que quedaron en el mar sin un puerto en el que poder entrar —dijo Beca.

—Escuché algo, pero no que fueran tantos —dijo Elisa.

—Nosotros preferimos seguir allí mismo fondeados, que estábamos más tranquilos que en un muelle. Nico informó a Saint Lawrence y a la Autoridad Marítima sobre nuestra posición y las intenciones. No hubo inconvenientes, ya que aquello era un verdadero aislamiento voluntario en toda regla, mucho más seguro que estar en el muelle y no afectaríamos a nadie ni nos contagiarían. Durante ese tiempo no recibimos visitas, no bajamos a tierra ni fuimos al islote para

nada. Nos reportábamos diariamente a las autoridades, a fin de informar que no había novedad abordo ni en la zona.

—¿Por qué lo del islote ese? —preguntó Elisa.

—Porque también es una reserva natural de fauna.

—Nico eligió el lugar debido a lo solitario que suele ser. Estábamos seguros de que con el autoconfinamiento y con las restricciones a la movilidad no iría nadie, como así mismo fue. Pasamos varias semanas apacibles en aquella tranquilidad. Pescábamos, buceábamos en la laguna, nadábamos en la piscina y disfrutamos del sol y del aire sin las mascarillas ni nada. Sin pisar la costa, claro.

—¿A qué piscina te refieres, Margui? —preguntó Elisa.

—Al espacio interior entre los dos cascos. Con cincuenta metros de largo y siete de ancho es una piscina. Y si también abrimos la compuerta del garaje central no te ven desde el aire, la tierra ni el mar. Solo se puede bajito por la proa.

—Fuisteis unos privilegiados.

—Siguiendo con lo que te estaba explicando de aquel almuerzo —dijo Beca—, Nico dijo que pensaba abanderar el yate en Malta y residenciarse allí, y con ello terminaría de decir adiós a España, a su obsoleto y absurdo régimen náutico, su voraz fiscalidad medieval insaciable y sus mentirosos e hipócritas politiqueros de oficio y sin oficio; que se salvan pocos.

—Yo conozco poco a Nico, pero en este momento me está sonando una respuesta muy de él —dijo Elisa.

Margui dijo:

—Recuerdo muy bien que papá respondió que él lo aceptaría en otras circunstancias, pero que había dejado los barcos para estar con su familia y no pensaba cambiar eso. Que estaba esperando una respuesta de Panamá, porque no iba a abandonarnos y estar de nuevo lejos de nosotros.

Beca dijo ahora.

—Lo que Nico respondió nos volvió a dejar helados.

—¿Qué fue?

—Él dijo:

Federico, ¿quién ha hablado aquí de separaciones? Tú sabes bien que, en las buenas compañías navieras, el capitán puede llevar a su esposa a bordo, ¿verdad? La mía es la mejor compañía que podrás encontrar nunca. Además, Beca, ¿qué tal cocinas ya?

Elisa volvió a reír. Margui dijo:

—A mí me preguntó si me gustaría aprender marinería y realizar estudios universitarios en Malta. Preguntó a Marcos si le interesaba también, pero mi hermano dijo que no porque no le gusta el mar ni navegar: nos salió cabra.

—Fue la comida más asombrosa que hemos tenido alguna vez —dijo Beca—, y no fue precisamente por la calidad de los platos ni porque fuese uno de cinco estrellas Michelin.

—Entonces Nico nos terminó de contar sus planes en los que estábamos incluidos los tres —dijo Margui—. Yo me entusiasmé de inmediato con la propuesta.

—Claro que aceptamos. Porque el sueldo que él ofrecía no solo era mejor que el del puesto en Panamá y con menos trabajo, sino las demás ventajas de vivir en este yate y el hecho de que yo iba a tener otro sueldo excelente, y prácticamente *sin moverme de casa*. Además, para terminar de dorarlo y como un bono nos ofreció algo igual de irresistible.

—¿Qué cosa fue, Beca? —preguntó Elisa.

—Darnos un préstamo personal sin intereses y sin plazo, para que comprásemos un buen piso donde lo quisiéramos. Nosotros teníamos uno que habíamos comprado hacía más de quince años y estaba pagado. Pero con cincuenta y nueve

metros cuadrados, un solo baño y tres habitaciones, dos de ella un tanto pequeñas, nos quedaba algo incómodo. Aceptamos y lo pusimos en venta. Por el precio que pedimos fue una operación bastante rápida. De nuevo Nico.

—¿Qué hizo? —preguntó Elisa.

—Mostrarnos qué entendía él por *un buen apartamento*. Él nos había preguntado en qué zonas nos gustaría vivir. Se presentó con varias revistas de ventas de inmuebles en esas zonas, y nos acompañó a ver algunos que ya él tenía seleccionados en ellas y en otras aún mejores —dijo Beca.

—Nico siempre va un paso adelante —dijo Margui.

—Eso me está pareciendo —dijo Elisa.

—Nos decidimos por uno que nos gustó a todos. Es un séptimo piso con ciento setenta y dos metros cuadrados, cuatro habitaciones: tres con baño; estudio, una sala comedor grande y una terraza solariega a todo lo ancho con unas vistas envidiables de la ciudad. Un edificio de lujo de construcción nueva con trastero, doble plaza de garaje, dos ascensores y el portero físico. El precio nos puso remolones, pero Nico no dejó que nos echáramos atrás. Alegó que, si bien nosotros tres no viviríamos en él, sino Marcos, el piso siempre estaría allí para ir a dar una vuelta en las vacaciones, y también por si un día decidíamos poner los pies en tierra firme de nuevo. Costó cuatrocientos ochenta y siete mil euros.

—¡Caray! Ha de ser una belleza —dijo Elisa.

—Nico dijo que todas las cosas susceptibles de compra y venta tienen dos valores: uno es el precio que se paga y el otro es el valor que se obtiene, que difiere con cada persona.

—Me parece muy acertado.

—Aceptamos —dijo Beca—, porque tan solo con el sueldo que tendría Fede lo pagaríamos cómodamente en tres años,

y nos quedaría el mío libre. Nico nos dejó la diferencia, en las condiciones que había dicho y sin constituir hipoteca, tan solo con un documento notarial para que en la Agencia Tributaria quedase claro que era un préstamo y no una donación. Estuvimos viviendo en él un año hasta que vinimos.

—Como que cuando Nico propone algo ya lo tiene todo meticulosamente calculado y medido con un plan B, C y D.

—Lo has captado bien —dijo Margui.

—Yo no sé si lo enseñarán en los estudios para capitán o si es que Nico lo desarrolló —dijo Beca—, porque Fede no es tan previsor ni planificador. Si el único país en la Unión Europea que aún mantiene ese medieval y leonino impuesto de sucesiones no es España, habrá de ser de los pocos. De modo que, para evitar las onerosas mordidas del Fisco en las transmisiones hereditarias, pusimos el apartamento a nombre de Marcos y Margui, quienes, Dios mediante y si se cumple el ciclo natural de la vida, serán quienes nos sobrevivan.

—Fue una medida muy acertada —dijo Elisa.

—Ahora que tenemos la residencia maltesa e hicimos testamento aquí cambió eso con respecto a los bienes que poseemos. No fue solo con nosotros. Para un primo de él y su familia que viven en Alicante, Nico adquirió un excelente piso y se lo cedió sin pagar renta, mediante un contrato de comodato mientras viva. Él tan solo corre con los gastos ordinarios de luz, agua y demás; lo usual en esos casos.

—Esto me aclara algunas cosas sobre él, que me tenían un tanto cabezona. Y de esta experiencia de dos años ¿qué tal?

—Elisa, consideramos que esta decisión fue la mejor que hemos tomado en nuestras vidas. Ya lo ves, vivimos a cuerpo de rey en este supercatamarán de lujo y no nos falta nada ni tenemos gastos. Es que ni siquiera gastamos en ropa. Por-

que, salvo Margui para la universidad o fiestas y si salimos a comer todos de restaurante, que Nico suele pagar, a bordo y por ahí andamos con esta especie de uniforme. Nos ahorra un montón de ropa y decidir qué pones hoy.

—En realidad, no se puede tomar propiamente como un uniforme —aclaró Margui—, ya que no tiene el nombre del barco por ninguna parte. Es como cualquier conjunto. Solo que, si estamos varios juntos, se crea esa asociación debido a la igualdad del vestuario; en especial por la marina.

—Ese conjunto de camiseta polo manga corta y falda está muy bien; es elegante y deportivo —dijo Elisa.

—Lo escogimos nosotras y preferimos este gris casi negro del polo con detalles rojos.

—¿Y el HH?

—Helly Hansen. Combina con esta falda o con un pantalón corto que tenemos, tal como llevan Fede y Luis. En el invierno es con manga y pantalón largo, además de la cazadora chubasquero y cortabrisas de un color gris claro.

—¿Nico usa un conjunto igual? —preguntó Elisa.

—Sí, pero sin falda —dijo Margui.

—Ya saliste con una.

—Si realiza gestiones con la Autoridad Marítima va uniformado de capitán —dijo Beca—. A organismo públicos, el banco, aseguradora y sitios de esos va de chaqueta y corbata como hoy, y en verano con chaqueta solo. Él suele vestir así mismo. A la gente le resulta difícil saber quién es tripulante y quién es el propietario. Con eso se han dado situaciones muy simpáticas, Como la vez en que él conoció a Dorianne.

Φ

CAPÍTULO 6

Dorianne

—¿Quién es ella?

—Dorianne Alexandra Tsakiris es una bella y desinhibida maltesa de treinta y siete años. Es muy segura de sí misma y de un gusto excelente. Es arquitecto y se dedica a la decoración de interiores, el diseño de muebles y joyas y a la buena vida y el saber vivir. Es hija de multimillonarios malteses con rancias raíces griegas que poseen joyerías, empresas de construcción, importación y otras más. Dorianne tiene un yate bellissimo que lleva su nombre. ¿Qué Benetti es, Margui?

—Un espectacular B.Now de sesenta y ocho metros que, como monocasco, ya lo quisiera tener yo; me encanta.

—Hace poco más de un año estábamos atracados al este de La Valletta en The Grand Harbour, en el área de grandes yates al pie del Forti San Anglu. El padre de Dorianne suele tener atracado allí el yate de la familia, un bicho lindísimo.

—Otro Benetti. Un Giga FB272 de ciento ocho metros y un diseño clásico con amplios ventanales —dijo Margui.

—Nico quería probar esos amarres ya que, con las grandes boyas que hay para los cabos largos de proa, se puede asegurar mejor el buque amarrándose a dos en ángulo e incluso a tres boyas. En esta marina tenemos necesidad de soltar el ancla y una sola no sujeta la proa igual de bien que los cabos. Allí los muelles tienen también muy buena fijación para la popa.

—Nico concluyó que era un mejor amarre en los casos de temporales fuertes —dijo Margui.

—En fin, a lo que iba, que de cabos de amarre no sabes nada aún y solo te confundo —dijo Beca—. Aquella mañana, Fede, Luis y Margui estaban recorriendo Bornia, Kordin y esas zonas cercanas. Yo me quedé y estaba de lo más dichosa metida en el jacuzzi mirando hacia popa.

—Ahora que dices eso —interrumpió Elisa—, en Panamá has de haber tomado el sol muy bien planificado, para obtener ese bronceado tropical tan lindo y parejo que tienes.

—Ni una sola hora: nací con él.

—¿Ese es tu color natural?

—Sí, y yo no tomo el sol más que lo justito. Lo que me nos quiero es buscarme un melanoma.

—Y haces bien. A mí tampoco me agrada —dijo Elisa—. Disculpa, me decías que estabas en el jacuzzi.

—Desde allí se veía el fuerte, la zona de Birgu y casi todo el muelle, y hacia proa veía La Valletta y el crucero que estaba atracado —prosiguió Beca—. Nico había paseado con Pinky y estaban jugando en el muelle, como suelen hacer, y yo los estaba observando. Él vestía el pantalón corto y el polo y se le acercó una mujer. Le había llamado la atención el cata-marán, lo tomó por un tripulante y le hizo preguntas sobre la embarcación, el propietario y si estaba a bordo.

Beca y Margui rieron y Elisa preguntó:

—¿Qué pasó que aún os hace gracia?

Beca contó:

—Nico le siguió la corriente y dijo el apellido del propietario, sin mencionar que era él. Que sí estaba, pero que en ese momento no se encontraba a bordo.

—Bueno, le dijo la verdad, ¿no?

—Totalmente: el nunca miente, que yo sepa; pero le gusta jugar de esa manera con las palabras y las circunstancias, que te llevan a sacar una conclusión que no es la real.

—Sí, ya me he dado cuenta hoy, que en lugar de presentarse y decirme quién era me... salió con todo aquello y adivinanzas. Luego, aquí me hizo confundir pensando que el Filippetti de ahí al lado era en el que vivía.

—Ese es Nico —dijo Margui.

—Además, el no anda por ahí presumiendo de yate ni de nada —añadió Beca—. Es un hombre bastante modesto. ¿No te has fijado en su teléfono móvil?

—Tiene la pantalla bastante rayada —dijo Elisa.

—Y lleva siete años con él —aclaró Margui—. Dice que lo cambiará cuando se dañe o muera la batería. Le gustan los ordenadores y aquí los tenemos de última generación; pero en cosas de teléfonos, él nada. El reloj de diario es un Casio de goma negra, de veinte euros, como uno que tuvo de joven. El otro que tiene no le llegó a los cuatro mil euros. Él es contrario al oro, los diamantes y esas ostentaciones vanidosas.

—Él podría tener un Rolls-Royce, un Bentley o un superdeportivo en el muelle y ni siquiera tiene auto —dijo Beca.

—Parece un hombre atípico en eso —comentó Elisa.

—Yo diría que sí. Resultaba una situación graciosa en algunos de los puertos de lujo que hemos visitado como Cannes, Mónaco, Capri, Portofino, Porto Cervo y otros donde los billonarios presumen del yate y deportivos. Hemos conocido a artistas de cine, a músicos y cantantes; deportistas y personas de la farándula y el jet set, que les llamó la atención el catamarán y pidieron verlo. Si le preguntaban por su auto, él decía que no tenía ni le interesaban y tan fresco.

Margui dijo:

—Era una situación que nos resultaba divertida. Nico admira a esos actores y celebridades que, a pesar de la fama, viven una vida sencilla. Entre ellos al actor Chow Yun-Fat.

—¿El artista de cine de artes marciales chino? He visto algunas películas con él —dijo Elisa—. ¿Y por qué lo admira?

—Por su sencillez humana. Se dice que tiene una fortuna de más de seiscientos millones de dólares, y se afirma que vive sencillo y sin ostentar, con menos de sesenta al mes.

—La mujer se le presentó como Dorianne, simplemente; sin mencionar el apellido —prosiguió Beca—, y siguieron hablando en el muelle, de manera distendida. Ella es una mujer muy agradable y no tuvo ningún empacho en entablar con quien creía un simple tripulante. Aunque, a estas alturas, yo ya comienzo a pensar que también le llamó la atención Nico. A ella le gustó Pinky y eso ayudó a la conversación.

»Nico le mostró una parte del yate. Ella quedó encantada con los espacios, la luz y la decoración. Él le ofreció un trago y siguieron conversando hasta que llegaron los demás. Entonces yo bajé del Fly. Por unas palabras que dijo Luis fue que Dorianne captó que el propietario era Nico y dijo:

¡Ah, bandido! Si eres tú el propietario. Ya me parecía. Qué jugueteón me has salido. Me gustas.

—¿Ella no se molestó por el engaño? —preguntó Elisa.

—No, para nada —dijo Beca—. Tiene buen sentido del humor y estuvo divertida con la situación. No lo tomó como un engaño, sino como lo que fue: un juego por parte de él.

—¿No fue un *me agradas*, sino un *me gustas*?

—Dorianne es una mujer que tan pronto puede parecer coqueta, insinuante y atrevida, si le interesa, como discreta. Eso sí, siempre es directa y fue muy cuidadosa en el matiz de la palabra, a fin de que reflejara lo que ella quería transmitir

a Nico. No le dio vueltas: sin más, ella lo invitó a conocer su yate y a comer en él, que estaba amarrado unos puestos más allá junto al de su padre. Nico aceptó, se fue a cambiar y salieron. Ahí comenzó la amistad. Ella lo llama con frecuencia y viene para visitarlo o salir a alguna parte. Fue quien lo comenzó a llamar Nico, y lo ha invitado también a salir en su yate tres veces. La última fue durante una semana completa.

Beca estaba divertida por causa de la cara que tenía Elisa rumiando algunos pensamientos.

—¿Ellos dos solos en el yate? —preguntó esta.

—Qué va. En uno que es para diez invitados y lleva quince tripulantes nunca sales solo ni se está solo, como comprenderás. A Dorianne le gusta dar fiestas en él y salir a navegar con los amigos y suele invitar parejas.

—Pero a Nico lo invitó solo.

—Sí. Dorianne es una mujer de negocios muy directa y sin vueltas ni medias tintas, que no da pie a los equívocos, y eso a Nico le agrada en una mujer porque sabe a qué atenerse. Ella ya estaba muy clara de que él no está casado ni tiene pareja. Ella tampoco está casada y dudo que tenga novio.

—Puedo figurarme qué camarote compartió él. ¿Ella no lo invitó a acompañarla en su yate para pasar tranquilos el confinamiento de la pandemia?

Margui y Beca sonrieron y esta respondió:

—No sabemos si ella lo haría ni dónde la pasó.

§

Pinky estaba dando vueltas y se acercó a Elisa buscando la caricia y la encontró. Beca aprovechó para cambiar el tema.

—Como te contaba antes de lo de Dorianne, Luis está en el camarote de babor en popa que está destinado al Jefe de Máquinas, y se accede por esa escalera que también da entrada a

la sala de máquinas en ese lado y a la oficina mecánica, donde se centraliza toda la maquinaria y la energía. El resto de los camarotes para tripulantes están libres.

—¿Y por qué Margui está en ese de invitados?

—Nico lo tuvo previsto desde que estaban construyendo el yate. Hay cuatro para invitados, pero él quería limitarlos a seis personas. Por eso fue que dijo a Margui que utilizara ese camarote que es el más amplio. Tiene un escritorio grande y biblioteca, que resulta perfecto para una estudiante y con el piano a la puerta. La tiene consentida. Para los invitados quedaron los tres camarotes que ya viste. Si traen varios adolescente los ponemos en un camarote de tripulantes.

§

—¿Cuántos tripulantes e invitados puede llevar un yate de este tamaño tan grande? —preguntó Elisa.

—Eso dependerá de diversos aspectos —le dijo Margui—. Uno es la cantidad de personas que pueden llevar por flotabilidad. En un catamarán como este podrían ser centenares. Otro distinto son los que permiten las regulaciones. Hasta los veinticuatro metros, en España se clasifican como *embarcaciones de recreo*. Están limitadas a un máximo de doce ocupantes e incluye a la tripulación y los pasajeros. Cuando ya exceden esa eslora y hasta tres mil toneladas de peso bruto, sin importar su longitud, se los clasifica como *buques de recreo*; siempre que estén destinados para la navegación recreativa, el turismo, el ocio, deportes o la pesca no profesional. Pueden llevar doce pasajeros, pero un número no limitado de tripulantes. Esta es la gran diferencia a la hora de elegir un yate y no tanto el tamaño.

»Encontrarás un yate de 24,30 m de eslora y otro con tan solo 23,95 m. Entre uno y otro, tú decidirás según la clasifi-

cación que te interese obtener, que será la que determinará qué cantidad de tripulantes quieres y a cuántos invitados podrás llevar como pasajeros. España tiene para esto normativas que son muy restrictivas y que, prácticamente, equiparan a los buques de recreo casi con los mercantes, lo que no sucede en la mayoría de los países de la CEE ni en América. Ello es el motivo principal por el que mucho propietarios de yates los abanderan en otros países, como hizo Nico —dijo Margui.

Elisa preguntó:

—¿Y si son más de doce pasajeros?

—Las regulaciones internacionales establecen que más de doce pasajeros, que incluye a los mayores de un año, se considera buque de pasaje, sea cual sea su eslora y tonelaje. Eso complica las exigencias para todo e incrementa los gastos.

—¿Y cuál es la diferencia entre un super y un megayate?

—En eso no hay aún una unificación internacional. Para los ingleses y las clasificaciones en pies, se toman como superyates a los de esloras iguales o superiores a 80 pies. Para el sistema métrico, en España se toman esos 24 m que definen la diferencia entre embarcación de recreo y buque de recreo. Por lo que he leído, para algunos otros países los superyates son los de más de 30 m de eslora. Los megayates irían desde los 60 m hasta los 90 m. Ya de ahí para arriba son denominados gigayates. Pero son solo referencias porque no está estandarizado aún como designación —explicó Margui.

—Me sirve porque yo no tenía la menor idea de nada de esto que me habéis dicho sobre las regulaciones.

§

Beca prosiguió con lo que explicaba:

—Como si no fuera poca toda la comodidad de la que disfrutamos sin ninguna clase de restricción, el trabajo en este

yate es poco, aunque tú no lo creas, y encima nos pagan muy bien a los tres.

—¿A los tres? ¿También estás tú como tripulante?

—Sí, estoy enrolada como marinero —dijo Margui—. Por eso fue por lo que, aquel día en el restaurante, Nico me preguntó si me gustaría aprender marinería.

—¿Y eso es lo que haces?

—Aquí todos hacemos lo que sea necesario, incluso Nico. Durante las maniobras tenemos los puestos asignados con el ancla, los cabos y las defensas. Mientras estamos atracados aquí, los lunes vienen Philip Giglio, un marinero maltés de cuarenta años, y un hijo de diecisiete. Se encargan de la limpieza de exteriores, el casco y los paneles solares. Yo ayudo a mamá en la cocina, hacer la limpieza y planchar. Pero con los magníficos equipos que tenemos se realiza sin esfuerzo y prácticamente no se siente.

—Pues tendría que verlo. Porque ya no digo la limpieza del piso de esta cubierta tan enorme, más los camarotes, sino nada más que con la cantidad de cristales en esta cubierta y la de arriba que es como para echarse el día entero.

—¡No, que va! Ya lo verás tú misma —dijo Margui.

—¿Y por qué estás enrolada? Pensé que eras pasajero.

—El más adecuado para responder eso es Nico.

—Lo que él nos alegó y lo que ha sido su propósito nos parece que difiere algo —dijo Beca—. Nos dijo que al estar nosotras enroladas nos daba mayores garantías y beneficios que como simples pasajeros. Como tripulantes estamos cubiertos por el P&I y los demás seguros. Él tiene este buque y la tripulación asegurados contra todo, tanto en los daños propios como a terceros; en eso él no ha escatimado un solo euro. Alega que quiere tranquilidad y no sobresaltos ni pre-

ocupaciones. Tenemos un excelente seguro de vida y de defunción. La cobertura general incluye la asistencia legal y la médica en todas parte del mundo, así como el seguro a los pasajeros y a cualquier visitante ocasional que se encuentre a bordo. De modo que tú estás incluida también.

»Nico está muy bien asesorado por la empresa que le lleva todo eso aquí en Malta y el dinero no era un problema. Sobre todo, si tienes que proteger una inversión como este yate. Además, nos dio a elegir qué régimen laboral y de la seguridad social queríamos, si seguir en el español o agarrar el de Malta, ya que este país lo acepta en los marinos extranjeros que trabajan en buques de bandera maltesa. Elegimos el de aquí. Después obtuvimos la residencia.

Margui dijo:

—Lo otro que Nico no nos ha dicho y que nosotros hemos deducido, es que él sabe que al yo estar como tripulante es una experiencia y referencia laboral, que ya tendré cuando vaya a buscar trabajo, luego de graduada. Está muy bien valorado, porque se sabe que para trabajar durante años en un yate de lujo se requiere tener mucha responsabilidad.

§

Elisa había quedado pensativa y Beca le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Yo... estaba recordando que él me dijo que... No, nada. ¿Y cuál creéis que es la realidad subyacente detrás del ofrecimiento que Nico os hizo para vivir aquí con él?

—Su gran corazón que lo da todo por los amigos. Él iba a comprar este buque para vivir en él y se quería rodear de amigos, no de una tripulación cambiante. Sabía la situación difícil por la que estábamos pasando y nos quiso ayudar de esta manera... y de otras. En el caso de Margui, al tener un

sueldo le da esa sensación de independencia económica para disponer de ello como le parezca, sin ser la niña de papá y de mamá y depender de una mesada. Es muy ahorrativa.

—De Nico ya he aprendido que no se debe comprar, sino invertir —dijo Margui—. Hay que adquirir calidad y lo que sea duradero, mantenga su valor o incluso que se revalorice y que te agrade por completo; no los caprichos del momento y las modas pasajeras que pretendan imponer.

—Pues ya con eso has aprendido mucho —le dijo Elisa—. A tu edad, a mí me las metían con aquello de los colores del verano, los de este otoño y las demás estaciones, que me los cambiaban para las siguientes y ya no me servía la ropa que había comprado la anterior, si quería estar al día. Oye, estaba por preguntarte. ¿Margui es nombre o algún diminutivo?

—Diminutivo de Margarita.

—¿Y por qué no es Marga?

—De muy niña le decíamos *Marguita*. Terminó siendo el Margui. Nos gusta y ella lo aprendió pronto —dijo Beca.

—Me gusta más el Margui también. ¿Y la historia de Luis?

—Luis es un soltero empedernido que no logra enraizar en tierra firme lejos de un buque, porque a ellos y al mar los lleva metidos en la sangre. Él se retiró de navegar casi cuando Nico y quedó en Panamá. Realizaba trabajos de Marine Surveyor para la American Bureau of Shipping, Bureau Veritas y otras empresas en las inspecciones de buques, accidentes y siniestros. A bordo de este catamarán encontró junto todo lo que él quería. Habrá que echarlo para que marche, porque no lo hará por su voluntad.

Margui dijo:

—O hacerlo caminar por la plancha.

Su madre fue la que soltó a reír.

§

—Ahora que lo mencionáis, ¿qué quiere decir eso? Porque Nico se lo dijo a Luis en la mesa y os reísteis.

—¿No has visto películas de piratas y bucaneros?

—Sí, de niña quería ser pirata. He visto todas las de *Piratas del Caribe* y el capitán Jack Sparrow. Me divierten muchísimo por el corte cómico que él les da y la manera de caminar. También he visto algunas viejitas en blanco y negro y en color de Errol Flynn y de otros, de los años cincuenta.

—Caminar por la plancha es cuando a algún tripulante o a un prisionero lo hacen caminar por un tablón estrecho, al que colocan sobresaliendo de la borda como si fuera un trampolín —le explicó Beca—. El infeliz lleva las manos amarradas a la espalda para que no pueda nadar y termina cayendo al agua. Que en las películas están siempre los tiburones esperando abajo. Es que no fallan.

—¡Ay, sí! Yo lo vi en una. El capitán estaba con su espada empujándolo, lo cortó y el hombre cae y los demás ríen.

—Y si no hay tiburones, le amarran una piedra o una bola de las balas de cañón para que vaya al fondo y muera ahogado seguro. No se salvaban —añadió Margui.

—Ha de haber sido una tortura mental muy cruel.

—Mental, más que nada. Porque la física y la peor no era esa ni los azotes, sino el paso por la quilla.

—¿El paso por la quilla? Eso sí que no lo he visto ni escuchado. ¿De qué se trataba?

—Pasaban un cabo por debajo del buque a lo ancho. Al condenado lo amarraban de pies y manos a cada extremo de él y lo arrojaban por uno de los costados. Iban tirando del cabo por el otro lado, y el hombre pasaba por debajo del casco y la quilla hasta emerger por la otra banda —dijo Margui.

Elisa comentó:

—Entonces era asunto de aguantar la respiración.

—No lo creas. En la parte sumergida del casco de los buques se van pegando los caracolillos. Aquellos veleros piratas debían de tener incluso colonias de mejillones pegados. De modo que el infeliz al que pasaban por la quilla iba rozando contra todo aquello, que serían como miles de navajas. El cabo se podía cortar y el hombre desaparecía. Si mantenía cerrada la boca y salía vivo al otro lado, probablemente tendría tantas cortaduras infecciosas que quizás no sobreviviría.

—¡Cielo santo! Qué crueldad. Ya no quiero ser pirata.

Ellas echaron a reír y Margui dijo:

—Lo de caminar por la plancha es algo muy peliculero y no está claro que haya sido cierto. Quizás en algún caso. Lo más probable es que los lanzaran por la borda sin más, en medio del mar. No necesitaban gastar balas de cañón ni amarrarles las manos: la muerte era segura y más angustiada.

Beca dijo:

—Aquella vida no tenía nada de romántica ni mucho menos de higiénica, por más que las viejas películas del guapo Errol Flynn nos las presenten así.

Margui preguntó:

—¿Por qué no los muestran nunca en aquellos barcos haciendo sus necesidades fisiológicas? ¿Lo hacían en cubos de madera que luego lavaban con el agua de mar? ¿O sacaban el culo por encima de la borda a sotavento?

Las tres echaron a reír de nuevo.



FIN DE LOS CAPÍTULOS DE VISTA PREVIA.